

6- Vía Crucis de la Fe

Un camino de fe para la Cuaresma

Instrucciones para iniciar este camino

A los primeros cristianos se los llamaba “*seguidores del camino*” (cfr. Hechos 9,2), pues reconocían a Jesús como “*camino, verdad y vida*” (Juan 14,6). Toda su vida y sus palabras son camino para nosotros sus seguidores: su nacimiento humilde, su vida en familia con María y José, su predicación y también su último camino: *el camino de la cruz*.

En estos días previos a la Semana Santa donde revivimos la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, nuestro Salvador, queremos proponerles acompañarlo en su *camino de la cruz* (eso significa traducido del latín el “*vía crucis*”) y poder revivir a su lado como seguidores suyos, el amor que tuvo por todos nosotros y lo llevó a la entrega total de su vida en manos del Padre.

El rezo del vía crucis se remonta a los primeros siglos del cristianismo donde peregrinos llegaban a Jerusalén en busca de los lugares por donde pasó Jesús camino hacia la cruz, y luego se fue convirtiendo en una devoción para rezo en las iglesias o de modo personal para todos aquellos que no podían llegar hasta Tierra Santa pero que igualmente querían continuar haciendo memoria del camino de la entrega del Señor.

El esquema de este vía crucis contiene las quince estaciones tradicionales que durante siglos rezamos como Iglesia, divididas en tres entregas de cinco estaciones cada una. En cada estación encontraremos una lectura bíblica que ilumina el camino, una breve meditación de su Palabra para nuestros días y por último algunas preguntas para nuestra reflexión y una oración final.

La intención es ponernos en camino haciendo memoria de su cruz y acompañarlo confiándole también nuestras cruces y dificultades, las grandes y las pequeñas, las de cada día. Podemos rezarlo personalmente, en pequeños grupos o en familia, y a medida que vamos haciendo camino a su lado, dejar que todo lo ilumine la fe en el Hijo de Dios, que nos amó y se entregó por nosotros.

Con la esperanza cierta de que toda vida entregada por amor da fruto abundante (Cfr. Juan 12,24) y la fe puesta en su palabra de consuelo que nos dice: “*Ustedes ahora están tristes, pero yo los volveré a ver, y tendrán una alegría que nadie les podrá quitar*” (Juan 16,22), iniciamos este camino hacia la Pascua, de la mano de María y de toda la Iglesia peregrina que va tras sus huellas.

Primera Estación:

Jesús es condenado a muerte

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura de la Primera Carta del Apóstol San Pablo a los Filipenses:

“Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz. Por eso, Dios lo exaltó y lo dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús, se doble toda rodilla y toda lengua proclame para gloria de Dios Padre: «Jesucristo es el Señor».”

Filipenses 2,5-11

Segundo Momento:

Meditamos su Palabra

En el inicio de este camino de la cruz, vemos a Jesús condenado a una muerte injusta y nos muestra que Él, nuestro Dios se ha vuelto capaz de sufrir, el propio Dios a quien seguimos y en quien confiamos fue a la pasión. Él inicia la búsqueda del que estaba perdido y lo encuentra allí donde más lejos parece estar de Dios: en la cruz, en el lugar de la violencia y la injusticia más grave, el lugar de la cobardía y el poder, el lugar del abandono y la crueldad, el lugar de la muerte solitaria. Hacia allí Dios sigue al hombre para alcanzarlo con su abrazo, asumiendo todo su dolor. En Jesús vemos a aquel que ha vivido la miseria en su propio cuerpo, entonces sabemos que nunca estaremos abandonados en la desesperación. Nos muestra que él nos acepta incondicionalmente con toda nuestra fragilidad y nos invita a participar de sus sentimientos.

Él que es el Señor, se hizo servidor de todos; Él que es dador de vida, acepta una condena injusta para salvar a todos. Sus sentimientos revelan la esencia del mensaje de Jesús, que se identifica con cada hermano hasta en lo más profundo del dolor. En el abismo del fracaso humano, revela el abismo de su amor inagotable y nos da la certeza de que nada, ni el sufrimiento, ni el dolor, podrán apartarnos de su lado.

Tercer Momento:

Contemplamos y damos Gracias

Algunas preguntas para pensar y reflexionar:

Contemplando a Jesús en este camino, descubro en mi historia tantos dolores sufridos injustamente, ¿alguna vez lo eché la culpa a Dios por todo lo padecido? ¿Alguna vez sentí que me había abandonado?

Ahora que descubro que Jesús se hizo uno con nosotros en el dolor, ¿puedo descubrirlo en los momentos más difíciles de mi vida, no como un Dios castigador, sino como Aquel que vino para estar siempre a nuestro lado por amor?

¿Qué significa para mi vida de cada día la invitación a tener los sentimientos de Jesús?

Oración para dar gracias:

*“El señor es mi pastor,
nada me puede faltar.
El me hace descansar en verdes praderas,
me conduce a las aguas tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el recto sendero,
por amor de su Nombre.
Aunque cruce por oscuras quebradas,
no temeré ningún mal,
porque tú estás conmigo.”*

Salmo 23

Segunda Estación:

Jesús carga con la cruz a cuestas

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura de la Primera Carta del Apóstol San Pedro:

“Cristo padeció por ustedes, y les dejó un ejemplo a fin de que sigan sus huellas. El no cometió pecado y nadie pudo encontrar una mentira en su boca. Cuando era insultado, no devolvía el insulto, y mientras padecía no profería amenazas; al contrario, confiaba su causa al que juzga rectamente. El llevó sobre la cruz nuestros pecados, cargándolos en su cuerpo, a fin de que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Gracias a sus llagas, fuimos curados.”

(1º Pe 2, 21-24)

Segundo Momento:

Meditamos su Palabra

Jesús carga con su cruz y nos enseña a cargar la nuestra de cada día. No como una pesada carga que tenemos que sufrir solos, Él está a nuestro lado para ayudarnos. Así nos lo dijo: *“Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio.”* (Mateo 11,,28) Su cruz hace liviana nuestra carga, sus heridas curan las nuestras. Él comparte nuestro destino y nos deja sus huellas para no perder el camino

Tercer Momento:

Contemplamos y damos Gracias

Algunas preguntas para pensar y reflexionar:

¿Qué es lo que más me cuesta aceptar y vivir cada día? ¿Qué cruz cotidiana se me hace pesada? Señor, creo en tu palabra, te pido alivianes mi carga.

¿Qué heridas necesito que sanen en mi vida? Las presento ante Jesús y lo pido las cure para seguir sus huellas.

Oración para dar gracias:

*“Te ensalzaré, Señor, porque has librado
y no has dejado que mis enemigos se rían de mí.
Señor, Dios mío, a ti grité y tú me sanaste.
Tú, Señor, sacaste mi vida del abismo
y me hiciste revivir,
cuando estaba entre los que bajan al sepulcro.
Canten al Señor, fieles suyos;
den gracias a su nombre santo,
su bondad, dura por siempre,
si por la noche se derraman lágrimas,
por la mañana renace la alegría.
Escucha, Señor, ten piedad de mí;
ven a ayudarme, Señor».*
*Tú convertiste mi lamento en júbilo,
me quitaste el luto y me vestiste de fiesta,
para que mi corazón te cante sin cesar.
¡Señor, Dios mío, te daré gracias eternamente!”*

Salmo 30

Tercera Estación

Jesús cae por primera vez

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura de la Primera Carta del Apóstol San Pablo a los cristianos de Corinto:

“El que se cree muy seguro, ¡cuídese de no caer! Hasta ahora, ustedes no tuvieron tentaciones que superen sus fuerzas humanas. Dios es fiel, y él no permitirá que

sean tentados más allá de sus fuerzas. Al contrario, en el momento de la tentación, les dará el medio de librarse de ella, y los ayudará a soportarla.”
(1º Cor 10,12-13)

Segundo Momento:

Meditamos su Palabra

Por su encarnación y su pasión, Jesús nos encuentra en cada momento de nuestra vida humana, y se acerca especialmente en los momentos de caída y debilidad. Él está muy cerca de nosotros y sabe qué necesitamos para no volver a caer. Ha experimentado todos los sentimientos del hombre en su propio cuerpo: padeció y sufrió el cansancio y el dolor, y por eso no se avergüenza de llamarnos hermanos. (Cf. *Hebreos 2,9ss*). Desde ese entonces todo en nosotros fue tocado y transformado por Dios y jamás nos dejará solos, su fidelidad nos sostiene y no permitirá que perdamos el camino hacia su encuentro pleno y total.

Tercer Momento:

Contemplamos y damos Gracias

Algunas frases para pensar y reflexionar:

Señor Jesús, tu Palabra me da ánimo y coraje: quisiera hacer memoria y poner entre tus manos todas mis caídas. Te pido me levantes con tu gracia.

Te pido perdón, Señor Jesús, por las veces que al caer dudé de tu amor y tu fidelidad. Creo en ti, Señor, pero aumenta mi fe.

Oración para dar gracias:

*“Cuando me asalta el temor,
yo pongo mi confianza en ti, Dios Altísimo;
confío en ti, mi Dios y alabo tu Palabra,
confío en ti y ya no temo:
Tú ves mis pasos cuando voy a la deriva;
llevas cuenta de todas mis lágrimas.
Yo sé muy bien que tú, Señor, estás a mi lado;
confío en ti y ya no temo.
Debo cumplir, Dios mío, la promesa que te hice:
te alabaré por siempre,
porque tú libraste mi vida de la muerte
y mis pies de la caída,
para que camine siempre en tu presencia
en la luz de la vida.”*
Salmo 56

Cuarta Estación

Jesús se encuentra con su Madre

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas:

“Simeón dijo a María, la madre de Jesús: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón. Así se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos».

Lucas 2,34-35

Segundo Momento:

Meditamos su Palabra

María, como Madre y primera seguidora de Jesús, es la primera también en encontrarse con su Hijo en este camino. Allí estará como madre, presente, impotente, compartiendo en todo el dolor del Hijo, lacerada en toda su maternidad. Ella es también la primera creyente, la primera que lo dijo “sí” al proyecto de Jesús y que se deja atravesar por esa espada que corta todo lo que nos separa de Él. Seguir a Jesús como creyentes nos hace vivir tanto la alegría como el dolor: la alegría de sabernos hijos amados por Dios y servidores del Reino, y el dolor propio de cargar la cruz cada día y seguir a Jesús en su camino, en su vida, en sus sueños. María es nuestra Madre de la Fe que nunca nos abandona, siempre estará al lado de cada hijo necesitado, a nuestro lado, ayudándonos con su sabiduría a crecer en la fe, en la esperanza y en el amor en los momentos más oscuros del camino como lo hizo con Jesús.

Tercer Momento:

Contemplamos y damos Gracias

Algunas preguntas para pensar y reflexionar:

¿Cuántas veces en mi vida sentí la necesidad de la presencia materna en los momentos de dolor? ¿Cuántas veces acompañé en el dolor a un ser querido?

¿Alguna vez pensé que este amor materno es reflejo del gran amor que Dios tiene por cada uno de nosotros?

Pidámosle a María, que acompañe nuestros días, hasta los más oscuros como lo hizo con su Hijo, Jesús.

Oración para dar gracias:

*“Para que un hijo pueda querer a su madre,
es necesario que ésta sepa llorar con él,
y con él comparta sus penas y dolores.
¡Oh dulce Madre mía, cuántas y amargas lágrimas
lloraste en el destierro por amor!
Meditando tu vida tal como la describe el Evangelio,
yo me atrevo a mirarte y hasta a acercarme a ti.
No me cuesta creer que soy tu hijo,
cuando veo que mueres, cuando veo que sufres como yo.
Tú me haces comprender, ¡oh Reina de los santos!,
que no me es imposible caminar tras tus huellas.
Nos hiciste visible el estrecho camino que va al cielo.
¡Oh, Reina de los Mártires, hasta la última noche de su vida,
esta espada del dolor atravesará tu corazón!”¹*

Quinta Estación

Simón de Cirene lleva la cruz de Jesús

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Gálatas:

“Ayúdense mutuamente a llevar las cargas, y así cumplirán la Ley de Cristo. Que cada uno examine su propia conducta, y así podrá encontrar en sí mismo y no en los demás, un motivo para mejorar. Porque cada uno tiene que llevar su propia carga. Hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe.”

Gál. 6,2.4-5.10

¹ Santa Teresita del Niño Jesús, *Poesía “Porqué te amo, María”*

Segundo Momento:

Meditamos su Palabra

La cruz es demasiado pesada para Dios. Jesús necesita de la ayuda de otro, como todo hombre, porque siempre nos necesitamos los unos a los otros, especialmente en los momentos de debilidad, de cansancio, de dolor. Quiso el destino, que Simón de Cirene no pasara de largo, no pudiera dar vuelta su cara. Que no sólo dijera: “¡Pobre hombre, qué habrá hecho!” y todo siguiera igual. Sin buscarlo fue parte de la cruz de Cristo, y con él, la humanidad hizo un alto en el camino. Tuvo que involucrarse con el dolor de Dios y así compartió la cruz, se dolió con su dolor, cargó con su peso, alivió su carga. De ese modo, se transformó, sin querer, y casi por obligación, como muchas veces en la vida nos pasa, en el buen samaritano; para que no nos olvidemos que no podemos pasar de largo frente a la cruz del otro.

Que nadie se sienta solo, cargando con su cruz sin nuestra ayuda. Sólo el amor hace liviano el peso del dolor. Si la llevamos juntos, la cruz se convertirá en fuente de Vida Pascual.

Tercer Momento:

Contemplamos y damos Gracias

Algunas frases para pensar y reflexionar:

Aunque no tenga ganas y solo quiera ver la vida pasar; ayúdame Señor, a compartir la cruz con mis hermanos.

Aunque crea que mi dolor sea más pesado que el de los otros; dame fuerzas para acercarme a quien lo necesite.

¿Recuerdo algún Cireneo en mi vida, alguien que me haya ayudado especialmente a llevar algunas de mis cruces más pesadas? lo doy gracias a Dios por ponerlo en mi camino y lo pido lo bendiga.

Oración para dar gracias:

*“Amo al Señor, porque escucha
el clamor de mi súplica,
porque inclina su oído hacia mí,
cada vez que lo invoco.*

*Los lazos de la muerte me envolvieron,
me alcanzaron las redes del Abismo,
caí en la angustia y la tristeza;
entonces invoqué al Señor:*

«¡Por favor, sálvame la vida!».

*El Señor es justo y bondadoso,
nuestro Dios es compasivo;
el Señor protege a los sencillos:
yo estaba en la miseria y me salvó.*

*Alma mía, recobra la calma,
porque el Señor ha sido bueno contigo.*

*El libró mi vida de la muerte,
mis ojos de las lágrimas
y mis pies de la caída.*

*Yo caminaré en la presencia del Señor,
en el país de la vida.”*

Salmo 116

Sexta Estación

La Verónica enjuga el rostro de Jesús

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura de la Segunda Carta del Apóstol San Pablo a los cristianos de Corinto:

“Nosotros, con el rostro descubierto, reflejamos, como en un espejo, la gloria del Señor, y somos transfigurados a su propia imagen con un esplendor cada vez más glorioso, por la acción del Señor, que es Espíritu. Porque el mismo Dios que dijo: «Brille la luz en medio de las tinieblas», es el que hizo brillar su luz en nuestros corazones para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios, reflejada en el rostro de Cristo.”

2º Cor 3,18. 4,-6

Segundo Momento:

Meditamos su Palabra

“Verónica” significa: *“aquella que busca la Verdad”*. En esta estación contemplamos a esta mujer que acercándose a Jesús, enjuga su rostro cansado y abatido. Es también aquella que por la intuición del amor, descubre el verdadero rostro de nuestro Dios humanado, y lo guarda impreso en su corazón. En el rostro de Jesús podemos ver a Dios, en sus palabras, en su vida, en cada uno de sus actos resplandece la imagen de Dios invisible que se hizo hombre, hermano nuestro por amor.

Tercer Momento:

Contemplamos y damos Gracias

Algunas preguntas para pensar y reflexionar:

¿Dónde puedo encontrar el rostro de Jesús?:

¿Lo busco en su Palabra, meditando el Evangelio cada día?

¿Lo busco en la Eucaristía, escondido en el pan que nos da vida?

¿Lo busco en el rostro de cada hermano, especialmente en los que sufren y esperan mi compasión?

Oración para dar gracias:

*“Señor, haz que no deje jamás de buscarte,
que busque ardientemente tu rostro.*

Dame fuerzas para buscarte,

*Tú, que me has hecho ya encontrarte
y me das la esperanza*

de encontrarte siempre un poco más.

Señor, Dios mío,

no me ocultes tu rostro,

mi alma tiene sed de ti,

concédeme recordarte siempre

y que siempre te reconozca

y así pueda amarte. Amén.”

San Agustín

Séptima Estación

Jesús cae por segunda vez

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura de la Carta a los Hebreos:

“Ya que tenemos en Jesús, el Hijo de Dios, un Sumo Sacerdote glorioso que penetró en el cielo, permanezcamos firmes en la confesión de nuestra fe. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades; al contrario él

fue sometido a las mismas pruebas que nosotros, a excepción del pecado. Vayamos, entonces, confiadamente al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y alcanzar la gracia de un auxilio oportuno.”
Heb. 4,14-16

**Segundo Momento:
Meditamos su Palabra**

Dios perdona siempre, su perdón es incondicional e inmerecido. San Pablo, al hablar del amor verdadero dice que: “el amor no lleva cuentas del mal” (1º Cor 13); si alguien sabe amar de verdad, ese es Dios: el único que no lleva cuentas del mal. Entonces, ¿no importa cometer caídas, da lo mismo pecar que no pecar? Para nada, porque el pecado nos hace mucho daño, como toda caída, cuanto más grande, peor. El pecado nos deshumaniza, nos encierra en nosotros mismos, nos distancia hasta de los que más queremos, no nos deja vivir ni con paz, ni con alegría, ni con dignidad. Por eso Dios está siempre tendiéndonos la mano para levantarnos con su perdón. Él no cambia, siempre nos quiere, siempre nos espera, siempre desea lo mejor para cada uno de nosotros sus hijos. No es Él quien tiene que cambiar para empezar a mirarnos con otros ojos, somos nosotros los que tenemos que volver a él con fe. Quien no conoce el gozo de saberse perdonado corre el riesgo de vivir huyendo de sí mismo, sin bajar nunca al fondo de su corazón, sin saber dónde encontrar fuerzas para levantarse y seguir creciendo como hijo de Dios, como hermano de todos, como mejor ser humano.

**Tercer Momento:
Contemplamos y damos Gracias**

Algunas preguntas para pensar y reflexionar:

- ¿Qué haces cuando tu conciencia te dice que has actuado mal?:
- ¿Le echas la culpa a otro, o a la circunstancia que te llevó a eso?
- ¿Te justificas pensando que si todos lo hacen, porqué no yo?
- ¿Te atreves a mirar tu interior y acercarte a Dios con un corazón arrepentido y con deseos de cambiar?

Oración para dar gracias:

*“Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.
Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rociame y quedaré limpio;
lávame y quedaré más blanco que la nieve.
Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.
Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso;
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.
Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias.”*

Octava estación Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

Primer Momento:
Leemos lo que dice el Señor

Lectura de la Segunda Carta del Apóstol San Pablo a los cristianos de Corinto:
“Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos reconforta en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo que recibimos de Dios. Porque así como participamos abundantemente de los sufrimientos de Cristo, también por medio de Cristo abunda nuestro consuelo. Si sufrimos, es para consuelo y salvación de ustedes; si somos consolados, también es para consuelo de ustedes, y esto les permite soportar con constancia los mismos sufrimientos que nosotros padecemos. Por eso, tenemos una esperanza bien fundada con respecto a ustedes, sabiendo que si comparten nuestras tribulaciones, también compartirán nuestro consuelo.”
2º Cor 1,3-7

Segundo Momento:
Meditamos su Palabra

Cuando las mujeres se acercan a consolar a Jesús, Él olvida sus dolores por consolarlas a ellas, pese a su cansancio, pese al peso de la cruz y su dolor. El consuelo de Jesús, es luz que ilumina nuestras tinieblas y es escuela de compasión. Al borde del dolor y al límite de su agotamiento, su gracia y su amor siguen derrochándose. En medio de las sombras nos da la luz de su consuelo... Vuelve hacia nosotros su mirada y nos dice: *“No lloren por mí...”*

Tercer Momento:
Contemplamos y damos Gracias

Algunas preguntas para pensar y reflexionar:

Mirando a Jesús, que olvida sus dolores para consolar a quienes están al borde de su camino de cruz:

¿Descubro su rostro sufriente en quien necesita consuelo?

¿Descubro su gesto que me invita a trascender mis problemas para acompañar a otros también en su camino de dolor?

Oración para dar gracias:

*“El Señor me ha dado una lengua de discípulo,
para que yo sepa reconfortar al fatigado
con una palabra de aliento.*

*Cada mañana, él despierta mi oído
para que yo escuche como un discípulo.*

El Señor abrió mi oído y yo no me resistí ni me volví atrás.

*Ofrecí mi espalda a los que golpeaban y mis mejillas,
a los que me arrancaban la barba;*

no retiré mi rostro cuando me ultrajaban y escupían.

Pero el Señor viene en mi ayuda:

por eso, no quedaré confundido;

y sé muy bien que no seré defraudado.

¿Quién entre ustedes escucha la voz de su Servidor?

*Aunque camine en las tinieblas, sin un rayo de luz,
que confíe en el nombre del Señor y se apoye en su Dios.”*
Isaías 50

Novena estación **Jesús cae por tercera vez**

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura del libro de Job:

“Yo sé que mi Redentor vive y que él, el último, se levantará sobre el polvo. Tras mi despertar me alzaré junto a Él, y con mi propia carne veré a Dios.”

Job 19,25-26

Segundo Momento:

Meditamos su Palabra

Muchas veces en la vida nos sentimos derribados, nos pesa la vida demasiado. En ese preciso instante miremos a Jesús vencido por tercera vez por el peso de la cruz. Por muy perdidos que nos encontremos, por muy fracasados que nos veamos, por muy culpable que nos sintamos, Dios siempre está a nuestro lado y nunca es tarde para levantarnos y seguir andando. Jamás estaremos perdidos porque Jesús descendió hasta lo más bajo para ir a buscarnos. Él mismo nos dijo: *“He venido a buscar y salvar lo que estaba perdido”*. Cuando nos vemos más pobres y perdidos es cuando más cerca está nuestra salvación, porque Cristo, el buen Pastor, nos está buscando.

Tercer Momento:

Contemplamos y damos Gracias

Algunas preguntas para pensar y reflexionar:

¿Me atrevo a abrir mi vida al abrazo misericordioso del Padre que me está esperando?

¿Descubro el gran amor de Jesús que sufre a mi lado y nunca me abandona?

Oración para dar gracias:

“El Señor es bondadoso y compasivo,
lento para enojarse y de gran misericordia;
no nos trata según nuestros pecados
ni nos paga conforme a nuestras culpas.
Cuanto se alza el cielo sobre la tierra,
así de inmenso es su amor por los que lo aman;
cuanto dista el oriente del occidente,
así aparta de nosotros nuestros pecados.
Como un padre cariñoso con sus hijos,
así es cariñoso el Señor con sus fieles;
pues él conoce de qué estamos hechos,
sabe muy bien de que somos barro.”

Salmo 103

Décima estación **Jesús es despojado de sus vestiduras**

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura de la Carta del Apóstol San Pablo a los Colosenses:

“Ustedes se despojaron del hombre viejo y de sus obras y se revistieron del hombre

nuevo, aquel que avanza hacia el conocimiento perfecto, renovándose constantemente según la imagen de su Creador.”

Col 3,9-10

Segundo Momento:

Meditamos su Palabra

A Jesús lo despojaron de todo, hasta de su túnica con la que estaba vestido. Pero nadie lo pudo arrebatarse la gran dignidad de ser el Hijo de Dios, como nadie puede a nosotros arrebatárnosla por más que suframos pérdidas, privaciones y ultrajes. Él, por el bautismo, nos revistió como hombres nuevos a imagen de Dios. Nuestra misión es no olvidar nunca esta dignidad, hacerla crecer y fructificar, respetándola en nosotros y en cada uno de nuestros hermanos.

Tercer Momento:

Contemplamos y damos Gracias

Algunas frases para pensar y reflexionar:

En tus manos, Jesús, dejó todos mis temores. Tú no dejarás que nos falte lo que necesitamos en nuestras vidas. En tus manos encomendamos nuestro destino.

Oración para dar gracias:

*“Vivir de amor es subir al Calvario
a zaga de las huellas de Jesús,
y valorar la cruz como un tesoro...
En el cielo, mi vida será el gozo,
y el dolor será ido para siempre.
Más aquí desterrada, quiero, en el sufrimiento,
¡vivir de amor!
Vivir de amor es darse sin medida,
sin reclamar salario aquí en la tierra.
¡Ah, yo me doy sin cuento, bien segura
de que en amor el cálculo no entra!
Lo he dado todo al corazón divino,
que rebosa ternura.
Nada me queda ya... Corro ligera.
Ya mi única riqueza es, y será por siempre
¡vivir de amor!
Mi Dios será mi recompensa grande,
otros bienes no quiero poseer.
Quiero ser abrasada por su amor,
quiero verle y unirme a él para siempre.
Este será mi cielo y mi destino:
¡¡¡Vivir de amor...!!!
Santa Teresita del Niño Jesús
Undécima estación
Jesús es clavado en la cruz*

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura del Santo Evangelio según San Juan:

“Junto a la cruz de Jesús, estaba su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Al ver a la madre y cerca de ella al discípulo a quien el amaba, Jesús lo dijo: «Mujer, aquí tienes a tu hijo». Luego dijo al discípulo: «Aquí tienes a tu madre». Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su

casa.”
Jn 19,25-27

Segundo Momento:

Meditamos su Palabra

Jesús en la cruz nos hace su entrega de amor total: entregando su vida para salvarnos y dejándonos a su Madre como madre nuestra. Él se dirige hacia nosotros en nuestro abandono y se convierte en misericordia pura. La cruz pasa a ser el verdadero lugar de encuentro con Dios.

No debo elegir la cruz, Él nos hizo para la vida, la dicha y la felicidad, pero si vemos nuestra vida en forma realista, ella está marcada por numerosas cruces que acompañan nuestro camino y cambian nuestros planes, cambian nuestra manera de pensar y nos abren a Dios, que justamente está allí donde en nuestro mundo nos parece estar alejado al máximo: en la cruz, en el lugar del abandono, del fracaso, de la derrota, de la fractura. La cruz de Jesús nos revela su verdadera pasión de amor por nosotros.

Tercer Momento:

Contemplamos y damos Gracias

Algunas frases para pensar y reflexionar:

Al hacer memoria de la pasión de Cristo, también hacemos memoria de la pasión del mundo: la pasión de todos los que sufren, son maltratados, despreciados, apartados, crucificados, olvidados. Hacemos un momento de oración por todo el sufrimiento humano y dejamos todo nuestro dolor en manos del Padre.

Oración para dar gracias:

*“ ¡Acuérdate, Jesús, Verbo de vida,
que tanto me amaste y moriste por mí!
También yo quiero amarte con locura,
también yo quiero por ti vivir y morir.
Bien sabes, ¡oh Dios mío!, que mi deseo
es hacer que te amen y morir de amor.
Señor, de mi deseo ¡acuérdate!
Acuérdate de aquello que dijiste
el día de tu triunfo:
«¡Dichoso el que sin ver en plenitud de gloria
al Hijo del Altísimo, sin embargo creyó!»
Desde la oscura noche de mi fe
yo te amo y te adoro.
Y para verte, Jesús,
espero en paz la aurora.
¡acuérdate!”*
Santa Teresita del Niño Jesús

Duodécima estación

Jesús muere en la cruz

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura de la Carta a los Hebreos:

“Jesús, experimentó la muerte en favor de todos. Él no se avergüenza de llamarlos hermanos. Y ya que los hijos tienen una misma sangre y una misma carne, él también debía participar de esa condición, y liberar de este modo a todos los que

vivían completamente esclavizados por el temor de la muerte. Debió hacerse semejante en todo a sus hermanos, para llegar a ser un Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en el servicio de Dios, y por haber experimentado personalmente la prueba y el sufrimiento, él puede ayudar a aquellos que están sometidos a la prueba.”

Heb 2,9-18

Segundo Momento:

Meditamos su Palabra

Con la visión de Jesús muerto en la cruz, o se termina nuestra fe en Dios, o empezamos a creer en él de otra manera. Ante el crucificado, o retiramos la mirada horrorizados o nos abrimos al misterio increíble de un Dios que nos ama de manera insospechada, porque empezamos a descubrir que Dios es alguien que sufre con nosotros.

“Ahora y en la hora de nuestra muerte”, Dios no está lejos ni distante. Está con nosotros, con cada uno. Nuestra miseria lo afecta, nuestro sufrimiento lo salpica. Dios no puede amarnos sin sufrir con nosotros y por nosotros. En esto consiste la grandeza de su amor. Cada uno lo ha experimentado: no se puede amar de verdad a un ser querido sin sufrir cuando lo ves sufrir. Eso lo pasa a Dios, no puede amarnos sin sufrir con nuestro dolor.

Cuántas veces al ver alguna desgracia donde muere gente inocente nos preguntamos: ¿dónde está Dios? La única respuesta desde nuestra fe cristiana es ésta: Dios está en todo ser humano que sufre. Dios no sólo ha sufrido en la cruz hace dos mil años, sino que sufre con nuestros sufrimientos. Él nunca abandona a sus hijos, y algún día descubriremos que, de forma callada pero eficaz, está conduciendo la historia dolorosa de todos nosotros, sus hijos, hacia la Vida Eterna.

Tercer Momento:

Contemplamos y damos Gracias

Algunas frases para pensar y reflexionar:

Llevemos ante el Señor en un momento de oración, a todos nuestros seres queridos difuntos, y digámosle con fe: “Creo, Señor, que tu muerte nos dio vida; creo, Señor en la resurrección de los muertos y en la vida eterna. Amén.”

Oración para dar gracias:

“Mi Servidor triunfará: será exaltado y elevado a una altura muy grande.
Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento, como alguien ante quien se aparta el rostro,
tan despreciado, que lo tuvimos por nada.
Pero él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias.
Él fue traspasado por nuestras rebeldías y por sus heridas fuimos sanados.”
Isaías 53

Decimotercera estación

Jesús es bajado de la cruz

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura de la Carta del Apóstol San Pablo a los cristianos de Roma:

“Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿no nos concederá con él toda clase de favores? ¿Quién podrá acusar a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién se atreverá a condenarlos? ¿Será acaso Jesucristo, el que murió, más aún, el

que resucitó, y está a la derecha de Dios e intercede por nosotros? ¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? Por tu causa somos entregados continuamente a la muerte; se nos considera como a ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó. Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor.”

Rom 8,31-39

Segundo Momento:

Meditamos su Palabra

No existe nada en nuestra vida que pueda separarnos de Dios. No existe ningún fracaso que no desemboque en un nuevo comienzo; ninguna oscuridad que no vaya a ser iluminada; ninguna desesperación que no vaya a transformarse en confianza. Dios transformará todo en nosotros, y resucitará lo muerto hacia una nueva vida. Y mientras tanto, aquí, en la vida presente que nos toca, una y otra vez podremos levantarnos de la tumba de nuestro miedo, de la tumba de nuestra autocompasión, de nuestra soledad, de nuestra oscuridad y de nuestra desesperación.

Tercer Momento:

Contemplamos y damos Gracias

Algunas preguntas para pensar y reflexionar:

¿Soy consciente que nada ni nadie puede apartarme del amor de Cristo?

¿Cómo puedo anunciar esta Buena Noticia?

¿Cómo puedo dejarla traslucir en mi vida?

Oración para dar gracias:

*“Mi Servidor justificará a muchos
y cargará sobre sí las faltas de ellos.
Al ser maltratado, se humillaba
y ni siquiera abría su boca:
como un cordero llevado al matadero,
Fue detenido y juzgado injustamente,
y ¿quién se preocupó de su destino?
Fue arrancado de la tierra de los vivientes
y golpeado por las rebeldías de mi pueblo.
Se lo dio un sepulcro con los malhechores
y una tumba con los impíos,
aunque no había cometido violencia
ni había engaño en su boca.
A causa de tantas fatigas, él verá la luz y,
al saberlo, quedará saciado.
Porque expuso su vida a la muerte
y fue contado entre los culpables,
siendo así que llevaba el pecado de muchos
e intercedía en favor de los culpables.”*
Isaías 53

Decimocuarta estación

Jesús es colocado en el sepulcro

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura de la Carta del Apóstol San Pablo a los Colosenses:

“Vivan en Cristo Jesús, el Señor, tal como ustedes lo han recibido, arraigados y edificados en él, apoyándose en la fe que les fue enseñada y dando gracias constantemente. En el bautismo, ustedes fueron sepultados con él, y con él resucitaron, por la fe en el poder de Dios que lo resucitó de entre los muertos. Ustedes estaban muertos a causa de sus pecados, pero Cristo los hizo revivir con él, perdonando todas nuestras faltas. El canceló el acta de condenación que nos era contraria, con todas sus cláusulas, y la hizo desaparecer clavándola en la cruz. Ya que ustedes han resucitado con Cristo, busquen los bienes del cielo donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Su vidas están desde ahora ocultas con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, que es nuestra vida, entonces ustedes también aparecerán con él, llenos de gloria.”

Colosenses 2,6-3,4

Segundo Momento:

Meditamos su Palabra

La muerte y la resurrección de Jesús nos dan el valor para elevarnos frente a todo lo que obstaculiza la vida, lo que retiene a las personas en sus tumbas y las tiene prisioneras. No solo en nosotros, sino también a través de nosotros para los demás, pues esta certeza de que nada podrá separarnos del amor de Cristo nos convierte en “conspiradores del amor y de la vida.”

Tercer Momento:

Contemplamos y damos Gracias

Algunas frases para pensar y reflexionar:

“¡Oh, Señor mío Jesucristo! Que sienta en mi corazón, en cuanto sea posible, aquel excesivo amor, con que Tú, Hijo de Dios, fuiste llevado a padecer voluntariamente tan gran pasión por nosotros pecadores.”

San Francisco

Oración para dar gracias:

“El Señor está a mi derecha para que yo no vacile.

Por eso se alegra mi corazón y mi lengua canta llena de gozo.

También mi cuerpo descansará en la esperanza,

porque tú no entregarás mi alma al Abismo,

ni dejarás que tu servidor sufra la corrupción.

Tú me has hecho conocer los caminos de la vida

y me llenarás de gozo en tu presencia.”

Hechos 2

Decimoquinta Estación

Jesús es Resucitado

Primer Momento:

Leemos lo que dice el Señor

Lectura de la Carta del Apóstol San Pablo a los Cristianos de Roma:

“Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva. Porque si nos hemos identificado con Cristo por una muerte semejante a la suya, también nos identificaremos con él en la resurrección. Pero si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él. Sabemos que Cristo, después de resucitar, no muere más, porque la muerte ya no tiene poder sobre él. Ahora que vive, vive para

Dios. Así también ustedes, considérense muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.”
Rom 6,4-11

Segundo Momento:

Meditamos su Palabra

En la muerte y la resurrección de Jesús no celebramos únicamente un hecho pasado, sino el misterio de nuestra propia vida, porque nos recuerda que no existe muerte que no se transforma en vida, no existe oscuridad en la que no resplandezca la luz del amor divino, ni temor que no sea penetrado por el amor de Dios. No existe depresión que no esté rodeada de los tiernos brazos de Dios, y no existe fracaso que no pueda transformarse en el inicio de una nueva vida.

Creer en Jesús Resucitado, dador de vida, implica para nosotros dar fruto abundante. Nos pide esa entrega con la que Jesús se entregó por nosotros, dedicándonos a dar más vida y trabajar por aliviar el dolor humano. Creer en la resurrección de Cristo es creer en el triunfo de la vida, de la fe, de la esperanza, y del amor; pues sabemos que Él transformará todas las cruces de este mundo, unidas para siempre a la suya, en vida plena para todos.

Tercer Momento:

Contemplamos y damos Gracias

Algunas frases para pensar y reflexionar:

“La comunión con Cristo en esta vida nos prepara para cruzar la frontera de la muerte, para poder vivir sin fin en Él. La fe en la resurrección de los muertos y la esperanza en la vida eterna abren nuestra mirada al sentido último de nuestra existencia: Dios nos ha creado para la resurrección y la vida.”

Benedicto XVI

Oración para dar gracias:

*“Dios, que es rico en misericordia,
por el gran amor con que nos amó,
cuando estábamos muertos
a causa de nuestros pecados,
nos hizo revivir con Cristo
y con Cristo Jesús nos resucitó
y nos hizo reinar con él en el cielo.
Así, Dios ha querido demostrar
la inmensa riqueza de su gracia
por el amor que nos tiene en Cristo Jesús.
Porque por medio de Cristo,
todos sin distinción
tenemos acceso al Padre,
en un mismo Espíritu.
Y ya no somos extranjeros ni huéspedes,
sino conciudadanos de los santos
y miembros de la familia de Dios.”*
Efesios 2

*Aporte para el Estado de Misión
Pquia. San José de Flores*

7- Vía Crucis Misionero

PRIMERA ESTACION: JESÚS ES CONDENADO A MUERTE.

El camino de la Cruz: *“Amanecía. Los soldados habían tomado prisionero a Jesús y lo llevaron al tribunal de Poncio Pilato. Este lo interrogó diciendo: ¿Eres tú el Rey de los Judíos? Jesús le respondió: Tú lo dices, Yo soy Rey, para esto he nacido y he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. El que es de la Verdad, escucha mi voz. Pilato, mirando a la multitud, dijo: ¿Qué haré entonces con Jesús, llamado el Mesías?. Todos contestaron: Que sea crucificado!. Pilato insistió: ¿Qué mal ha hecho?. Pero ellos gritaban cada vez más fuerte: ¡Que sea crucificado!. Pilato hizo traer agua y se lavó las manos delante de la multitud diciendo: Yo no soy responsable de la sangre de este justo. Es asunto de ustedes. Y todo el pueblo respondió: Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Entonces, Pilato se los entregó para que lo crucificasen”* (Jn 19,14b-16)

Oración: Señor, a pesar de que todos estaban en contra tuyo y pedían tu muerte, tú te mantuviste firme hasta el final, sosteniendo que tú habías venido al mundo para dar testimonio de la Verdad. Sólo Tú, Señor, eres la Verdad y sé que Tú, que eres la Verdad, escuchas mi voz. Ayúdanos a tener tu fortaleza y a dar testimonio de Ti, Verdad absoluta, ante nuestros familiares y amigos, y en todos los ámbitos en los que nos movemos diariamente. Te pido también por los cristianos de todo el mundo que hoy son perseguidos, encarcelados y hasta asesinados por dar testimonio de la Verdad, para que les des la fortaleza necesaria para no dejarse vencer. Perdón Señor, pecamos contra Ti.

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

SEGUNDA ESTACION: JESÚS LLEVA LA CRUZ SOBRE SUS HOMBROS

El camino de la Cruz: *“Los soldados llevaron a Jesús dentro del palacio, y convocaron a toda la guardia. Lo vistieron con un manto de púrpura, hicieron una corona de espinas y se la colocaron. Y comenzaron a saludarlo ¡Salud, rey de los judíos! Y le golpeaban la cabeza con una caña, le escupían y, doblando la rodilla, le rendían homenaje. Después de haberse burlado de él, le quitaron el manto y le pusieron de nuevo sus vestiduras. Luego lo hicieron salir para crucificarlo. Jesús, cargando sobre sí la cruz, salió de la ciudad para dirigirse al lugar llamado del cráneo, en hebreo: Gólgota”* (Mc 15,16-20; Jn 19,17)

Oración: Señor, esa cruz que cargaste sobre tus hombros eran todos nuestros pecados, MIS pecados. ¿Qué amor es más grande que aquel que es capaz de asumir las culpas ajenas? Bien sabes Señor que nosotros también cargamos una pesadas cruces en nuestra vida diaria. Ayúdanos Señor a hacer de nuestras cruces, no un motivo para autocompadecernos, para quejarme, para renegar de la vida, sino que sepamos asumirlas con alegría y fortaleza, como tu hiciste con tu Cruz, y llevarlas por el camino de la vida con el orgullo de saber que tenemos la posibilidad de compartir tu sufrimiento redentor. Te ofrecemos Señor nuestras cruces de cada día por nuestros pecados y por la conversión de todos los pecadores. Acéptalas como humilde ofrenda para que se unan a tu cruz por la salvación del mundo entero. Perdón Señor, pecamos contra Ti.

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

TERCERERA ESTACION: JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

El camino de la Cruz: *Jesús, llamando a la multitud junto con sus discípulos les dijo: “El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá y el que pierda su vida por mí y por la Buena Noticia, la salvará. ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?” (Mc 8,34-36)*

Oración: Señor, Tú nos dijiste que para seguirte era necesario abandonarlo todo, cargar nuestra cruz y caminar tras de ti. ¡Cuántas veces no nos aferramos a nuestras cruces y nos dejamos vencer por el miedo y la desesperanza y caemos por tierra! Te pedimos Señor que nos ayudes a renunciar a nosotros mismos, a nuestros miedos, a nuestros egoísmos, a nuestras exigencias, a pensar solamente en nuestras necesidades cuando hay muchos a nuestro alrededor que también tienen sus problemas y preocupaciones. Ayúdanos a salir al encuentro de los demás, a renunciar a querer ser el centro de atención, cuando el centro debes ser sólo Tú. Te damos gracias Señor porque has dado un sentido a nuestras vidas mostrándonos la vocación misionera, y te pedimos por todos los hombres del mundo que han perdido la esperanza, para que te encuentren a Ti, que eres el Camino la Verdad y la Vida. Perdón Señor, pecamos contra Ti!

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

CUARTA ESTACION: JESÚS ENCUENTRA A MARÍA, SU MADRE

El camino de la Cruz: *María ha sido anoticiada de la triste suerte de su hijo. Va presurosa a su encuentro. No se dicen palabras, pero con la mirada se entienden. En el corazón de María resuenan las palabras de Jesús: “¿Acaso no sabías que tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre?”. Y con la mirada, ella responde nuevamente: “Yo soy la esclava del Señor, que se haga en mí su Voluntad”. Frente al dolor de su Hijo y la impotencia de no poder hacer nada por El, María siente que su corazón se desgarrar, pero respeta su decisión de morir por nosotros, porque sabe que su Hijo no es su propiedad exclusiva, porque “su madre y sus hermanos son todos aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la practican”.*

Oración: Señor, tu Madre María te acompañó en todo momento, hasta en los más duros. Ayúdanos a imitar su ejemplo, acompañándote nosotros también. Sabemos que cuando nos sentimos solos, no es porque Tú dejaste de acompañarnos, sino porque nosotros dejamos de acompañarte a Ti. Danos fuerzas para perseverar junto a Ti y nunca renegar de tu Amor infinito, por más difíciles que sean las situaciones que nos toquen vivir. Te ofrecemos Señor nuestra débil voluntad, que quiere serte más fiel, diciendo, al igual que María: “Yo soy la esclava del Señor, que se haga en mí su Voluntad”. Nosotros también queremos ser tu madre y tus hermanos, Señor, por eso escuchamos tu Palabra y te pedimos que nos des fuerza y coraje para practicarla. Te pedimos Señor por todos los hombres del mundo que no te conocen, para que encontrando a María, tu Madre, te encuentren también a Ti. Perdón, Señor, pecamos contra ti!

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

QUINTA ESTACION: EL CIRENEO AYUDA A JESÚS A CARGAR LA CRUZ

El camino de la Cruz: *“Cuando llevaban a Jesús camino al Calvario, detuvieron a un tal Simón de Cirene, que volvía del campo, y lo cargaron con la cruz, para que la llevara detrás de Jesús” (Lc 23,26)*

Oración: Señor, aquel Cireneo fue capaz de salir de sí mismo para ir a tu encuentro y ayudarte. Enséñanos a descubrir que nosotros también estamos llamados a ser Cireneos en nuestras vidas ayudando en la medida de nuestras posibilidades a aquellos que nos necesitan. Te pedimos perdón por todas aquellas veces que viendo la necesidad de un hermano que solicitaba nuestra ayuda, miramos para otro lado y le negamos nuestro apoyo. Te pedimos también Señor por todos los Cireneos del mundo, que trabajan día a día por la propagación del Evangelio y de tu Iglesia por el mundo y, especialmente, por aquellos que dedican su vida a la primera evangelización, dales fortaleza y perseverancia para cumplir con su misión. Perdón, Señor, pecamos contra Ti!

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

SEXTA ESTACION: UNA MUJER SECA EL ROSTRO DE JESÚS.

El camino de la Cruz: *El rostro de Jesús está marcado por el dolor y el cansancio y bañado de sudor y sangre. De entre la multitud, aparece una mujer que se apiada de él, y con un pañuelo le seca el rostro. Tu rostro bendito, Señor, queda para siempre estampado en ese paño que fue como un bálsamo en medio de tu sufrimiento...*

Oración: Te damos gracias Señor porque en el mundo existen personas capaces de “secar el rostro de los demás”. Danos señor la sensibilidad necesaria para percibir la necesidad de consuelo en nuestros hermanos, y la caridad para acercarnos a aquellos que nos necesitan y brindarles nuestro apoyo. Te pedimos perdón señor por todas aquellas oportunidades que tuvimos de consolar a algún hermano que estaba sufriendo, y no lo hicimos. Te pedimos perdón por nuestras faltas de caridad y de compasión con los demás. Te pedimos por todos aquellos hombres, mujeres, niños, jóvenes y ancianos que sufren en los cinco continentes, para que haya una mano cerca que les brinde ayuda y consuelo. Transforma su sufrimiento en bienaventuranza, cumpliendo aquella promesa tuya: ¡Bienaventurados los que hoy sufren, porque serán consolados! Perdón, Señor, pecamos contra ti.

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

SEPTIMA ESTACION: JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ.

El camino de la Cruz: *Jesús sigue su camino, pero el peso de la cruz lo agobia, las fuerzas le fallan, y cae por tierra nuevamente. En El se cumplen las palabras del profeta Isaías: “Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento... Pero El soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias y nosotros lo considerábamos golpeado, herido por Dios y humillado. El fue traspasado por nuestras iniquidades y por sus heridas fuimos sanados” (Is 53,3-5). Pero a pesar de la nueva caída, Jesús se levanta y continúa su camino...*

Oración: Señor, danos la fuerza para afrontar las dificultades, tal como tú lo hiciste en tu camino hacia la cruz. Y lo que es aún más importante, lo hiciste por amor. Lo soportaste todo por nosotros y por nuestros pecados. Y nosotros, a pesar de saber esto, seguimos pecando una y otra vez, renegando de Ti. Danos un corazón valiente capaz de enfrentarse de una vez por toda a nuestras miserias, tentaciones y debilidades, y a decirles ¡no!, a renunciar a nuestro pecado y convertir nuestra vida a Ti. Te pedimos por todos los pecadores del mundo, para que se conviertan y vuelvan

sus rostros hacia Ti, único Dios verdadero. Perdón, Señor, pecamos contra ti.

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

OCTAVA ESTACION: JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES

El camino de la Cruz: *“En el camino hacia el calvario, seguían a Jesús muchos del pueblo y un buen número de mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él. Pero Jesús, volviéndose hacia ellas les dijo: Hijas de Jerusalén! No lloren por mí, lloren más bien por ustedes y por sus hijos” (Lc 23,27-28)*

Oración: A aquellas mujeres les dijiste que era inútil lamentarse en vano, que más valía preocuparse por cambiar la vida. Ayúdanos a no ser como aquellas mujeres, a no vivir quejándonos y lamentándonos por nuestros problemas. Sabemos que eso es inútil Señor y que solo contribuye a hacernos infelices. Enséñanos, por el contrario, a buscar primero tu Reino, convencido que todo lo demás nos será dado por añadidura y a esforzarnos por llevar una vida santa y que sea testimonio de amor para quienes nos rodean. Ayúdanos a enfrentar nuestra vida con esperanza, y a desear ardientemente vivir de acuerdo a tus enseñanzas, renegando de todo lo que nos aparte de Ti. Te pedimos Señor por todos aquellos que no encuentran sentido a su vida, para que en Ti encuentren la esperanza y la paz. Perdón, Señor, pecamos contra Ti.

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

NOVENA ESTACION: JESÚS CAE POR TERCERA VEZ.

El camino de la Cruz: *El camino es largo y difícil y la cruz se vuelve cada vez más pesada. Por tercera vez cae en tierra rendido por el cansancio, y el dolor, la falta de comida y de bebida. Pero no se da por vencido: ya se ha puesto en las manos del Padre y tiene que llegar al final, así que se sobrepone y se pone de pie. Años más tarde, Pedro escribirá en una de sus cartas: “¿Qué gloria habría en soportar el castigo por una falta que se ha cometido? Pero si a pesar de hacer el bien, ustedes soportan el sufrimiento, esto sí es una gracia delante de Dios. A esto han sido llamados, porque también Cristo padeció por ustedes y les dejó un ejemplo a fin de que sigan sus huellas”. (1Pe 2,20-21)*

Oración: Señor, a pesar de haber caído por tercera vez, te levantaste y seguiste adelante. A veces nos cuesta tanto perseverar en tu camino.... Ayúdanos a nunca dejar de seguirte, que nunca bajemos los brazos ni nos demos por vencidos ante el pecado. Una y otra vez hemos caído, y Tú una y otra vez nos has ofrecido tu perdón y nos has recibido con los brazos abiertos. Perdón Señor por ser tan inconstantes, por nuestras reiteradas infidelidades. Danos fuerzas para ya no pecar más. Te pedimos por todos aquellos cristianos que se han alejado de Ti y que hoy viven como si no te conocieran. Suscita misioneros que les hablen de Ti y los acerquen nuevamente a la fe y a la comunión plena con la Iglesia. Perdón Señor, pecamos contra Ti.

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

DECIMA ESTACION: DESNUDAN A JESÚS

El camino de la Cruz: *“Los soldados tomaron las vestiduras de Jesús y las dividieron en cuatro partes, una para cada uno. Tomaron también la túnica, y como o tenía*

costura, porque estaba hecha de una sola pieza de arriba a abajo, se dijeron entre sí: No la rompamos. Vamos a sortearla para ver a quién le toca. Así se cumplió la escritura que dice: Se repartieron mis vestiduras y sortearon mi túnica.” (Jn 19,23-24b)

Oración: Señor, en tu cruz, te quitaron hasta lo último que tenías: tus ropas, tu túnica, pero no pudieron quitarte lo más grande que tenías y que era el AMOR tan grande a los hombres, que fue capaz de llevarte hasta la muerte. Te pedimos Señor que nos ayudes a no aferrarme a las cosas materiales, a no depender de ellas, a no desesperarnos si a veces no son suficientes, o a no almacenarlas inútilmente si son demasiadas. Te pedimos perdón Señor, por todas aquellas veces que desnudamos a nuestros hermanos con nuestro egoísmo, guardándonos aquellas cosas que no necesitábamos y que para ellos hubieran sido imprescindibles. Enséñanos a ser pobres y generosos, Señor, como Tú lo fuiste en la cruz. Te pedimos por todas las personas que sufren la pobreza en el mundo, para que no les falte lo indispensable. Y te pedimos también por aquellos que tienen de sobra, para que no se pierdan en su egoísmo y aprendan a compartir con los que no tienen. Perdón, Señor, pecamos contra Ti.

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

DECIMOPRIMERA ESTACION: CLAVAN A JESÚS EN LA CRUZ

El camino de la Cruz: *“Cuando llegaron al lugar llamado del Cráneo, lo crucificaron. Jesús, mientras tanto, decía: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.” (Lc 23,33^a.34^a)*

Oración: Señor, hasta en el último momento mientras sufrías los dolores de los clavos que te traspasaban, pensaste en cada uno de nosotros suplicando a tu Padre que nos perdonara. Enséñanos a perdonar a nuestros hermanos. Te pedimos perdón Señor por ser rencorosos, resentidos, vengativos y duros de corazón para perdonar. Ayúdanos Señor a convertir nuestro corazón de piedra en un corazón de carne, capaz de amar y de perdonar. Danos la humildad de los grandes para reconocer nuestros errores ante los demás y pedir perdón. Te ofrecemos a todas aquellas personas a las que les guardamos rencor y resentimiento: bendícelas Señor. Te pedimos por todos los hombres del mundo que viven corroídos por el rencor, libéralos de ese peso que carcome sus almas y sus corazones. Te pedimos por la paz del mundo, especialmente en este momento tan duro para muchos pueblos que viven en guerra o en peligro inminente de guerra. Perdón, Señor, pecamos contra Ti.

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

DECIMOSEGUNDA ESTACION: JESÚS MUERE POR AMOR A NOSOTROS

El camino de la Cruz: *“Era alrededor del mediodía. El sol se eclipsó y la oscuridad cubrió toda la tierra hasta las tres de la tarde. El velo del Templo se rasgó por el medio. Jesús, con un grito, exclamó: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, expiró. El centurión, y los hombres que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y todo lo que pasaba, se llenaron de miedo y dijeron: Verdaderamente este era el Hijo de Dios” (Lc 23,44-46; Mt 27,54)*

Oración: "No hay mayor amor que dar la vida por los que se ama", nos dijiste una vez, y no fueron sólo palabras sino que lo comprobaste con hechos, muriendo por nosotros. Tú lo diste todo, sin medida, diste tu propia vida. ¿Qué somos capaces de

dar por Ti y por los que nos rodean? Enséñanos a amar como Tú lo hiciste: a todos por igual y sin medida, y que seamos capaces de entregarlo todo por todos. Te pedimos Señor por todos aquellos que en distintos lugares del mundo, entregan su vida por amor a los demás a través de su trabajo, especialmente a los que se dedican a la evangelización de aquellos que no te conocen o de los que están alejados de Tí. Fortálécelos, Señor, y haz que la entrega de sus vidas no sea en vano. Perdón, Señor, pecamos contra Ti.

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

DECIMOTERCERA ESTACION: BAJAN A JESÚS DE LA CRUZ

El camino de la Cruz: *“Al atardecer, llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también se había hecho discípulo de Jesús y fue a ver a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús. Pilato ordenó que se lo entregaran. Entonces José, bajó el cuerpo de Jesús de la cruz y lo envolvió en una sábana limpia.”* (Mt 27,57-59)

Oración: Señor, con tu muerte nos diste la Vida, y Vida en abundancia. Tu muerte nos trajo la salvación. Ayúdanos a ser dignos merecedores de tu salvación buscando siempre la santidad en las cosas de todos los días. Señor, tu muerte no ha sido en vano. Gracias a Ti, muchos hoy podemos vivir la alegría de ser hijos de Dios. Te damos gracias porque con tu muerte en la cruz nos reconciliaste con Dios y hoy podemos ser sus amigos. Te pedimos Señor por todos los hombres del mundo que no te conocen, que no saben de esta obra redentora maravillosa que hiciste por la humanidad, para que reciban esta Buena Noticia y lleguen al conocimiento de la Verdad. Perdón, Señor, pecamos contra Ti.

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

DECIMOCUARTA ESTACION: ENTIERRAN A JESÚS

El camino de la Cruz: *“Después de bajarlo de la cruz, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro cavado en la roca, donde nadie había sido sepultado. Era el día de la Preparación y ya comenzaba el sábado. Las mujeres que habían venido de Galilea con Jesús siguieron a José, observaron el sepulcro y vieron cómo había sido sepultado.”* (Lc 23,53-55)

Oración: Señor, tu muerte nos abrió la esperanza de la resurrección. Tú nos prometiste la vida eterna. Haz que vivamos de acuerdo a esta Gracia que nos regalaste, buscando siempre amarte y amar a aquellos que nos diste por hermanos. Muchas veces nosotros también nos sentimos sepultados por nuestros problemas y por nuestros pecados. Ayúdanos a no quedarnos sumergidos en el dolor, sino que sepamos resucitar como Tú a una vida nueva, con la mirada puesta en la salvación que nos regalaste y en la Vida Eterna que nos tienes preparada. Danos fuerzas señor para ser testigos de esperanza entre quienes nos rodean, y acuérdate de todos aquellos valientes misioneros, hombres y mujeres, que asumen la responsabilidad de llevar tu esperanza a todos los pueblos del mundo. Perdón, Señor, pecamos contra Ti.

Rezamos: Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.

8- Via Crucis del Enfermo Misionero

PRIMERA ESTACION: JESÚS ES CONDENADO A MUERTE.

El camino de la Cruz: *“Amanecía. Los soldados habían tomado prisionero a Jesús y lo llevaron al tribunal de Poncio Pilato. Este lo interrogó diciendo: ¿Eres tú el Rey de los Judíos? Jesús le respondió: Tú lo dices, Yo soy Rey, para esto he nacido y he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. El que es de la Verdad, escucha mi voz. Pilato, mirando a la multitud, dijo: ¿Qué haré entonces con Jesús, llamado el Mesías?. Todos contestaron: Que sea crucificado!. Pilato insistió: ¿Qué mal ha hecho?. Pero ellos gritaban cada vez más fuerte: ¡Que sea crucificado!. Pilato hizo traer agua y se lavó las manos delante de la multitud diciendo: Yo no soy responsable de la sangre de este justo. Es asunto de ustedes. Y todo el pueblo respondió: Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Entonces, Pilato se los entregó para que lo crucificasen” (Jn 19,14b-16)*

Oración: Señor, a pesar de que todos estaban en contra tuyo y pedían tu muerte, tú te mantuviste firme hasta el final, sosteniendo que tú habías venido al mundo para dar testimonio de la Verdad. Sólo Tú, Señor, eres la Verdad y sé que Tú, que eres la Verdad, escuchas mi voz. Yo también me siento a veces “condenado” por mi enfermedad, al igual que tú te sentiste condenado por el pueblo judío. Ayúdame a tener tu fortaleza y a dar testimonio de Ti, Verdad absoluta, ante mis familiares y amigos, desde mi enfermedad. Te pido también por los cristianos de todo el mundo que hoy son perseguidos, encarcelados y hasta asesinados por dar testimonio de la Verdad, para que les des la fortaleza necesaria para no dejarse vencer. Perdón Señor, porque pequé contra Ti.
Padrenuestro, Gloria.

SEGUNDA ESTACION: JESÚS LLEVA LA CRUZ SOBRE SUS HOMBROS

El camino de la Cruz: *“Los soldados llevaron a Jesús dentro del palacio, y convocaron a toda la guardia. Lo vistieron con un manto de púrpura, hicieron una corona de espinas y se la colocaron. Y comenzaron a saludarlo ¡Salud, rey de los judíos! Y le golpeaban la cabeza con una caña, le escupían y, doblando la rodilla, le rendían homenaje. Después de haberse burlado de él, le quitaron el manto y le pusieron de nuevo sus vestiduras. Luego lo hicieron salir para crucificarlo. Jesús, cargando sobre sí la cruz, salió de la ciudad para dirigirse al lugar llamado del cráneo, en hebreo: Gólgota” (Mc 15,16-20; Jn 19,17)*

Oración: Señor, esa cruz que cargaste sobre tus hombros eran todos nuestros pecados, MIS pecados. ¿Qué amor es más grande que aquel que es capaz de asumir las culpas ajenas? Bien sabes Señor que yo también cargo una pesada cruz: mi enfermedad. Ayúdame Señor a hacer de mi enfermedad, no un motivo para autocompadecerme, para quejarme, para renegar de la vida, sino que sepa asumirla con alegría y fortaleza, como tu hiciste con tu Cruz, y llevarla por el camino de mi vida con el orgullo de saber que tengo la posibilidad de compartir tu sufrimiento redentor. Te ofrezco Señor mi cruz por mis pecados y por la conversión de todos los pecadores. Acéptala como mi humilde ofrenda para que se una a tu cruz por la salvación del mundo entero. Perdón Señor, porque pequé contra Ti.
Padrenuestro, Gloria.

TERCERERA ESTACION: JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

El camino de la Cruz: *Jesús, llamando a la multitud junto con sus discípulos les dijo: “El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá y el que pierda su vida por mí y por la Buena Noticia, la salvará. ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?” (Mc 8,34-36)*

Oración: Señor, Tú nos dijiste que para seguirte era necesario abandonarlo todo, cargar nuestra cruz y caminar tras de ti. Yo ya tengo la cruz de mi enfermedad sobre mis hombros. Pero no siempre te la ofrezco a Ti. ¡Cuántas veces no me aferro a ella y me dejo vencer por el miedo y la desesperanza y caigo por tierra! Te pido Señor que me ayudes a renunciar a mí mismo, a mis miedos, a mis egoísmos, a mis exigencias, a pensar solamente en mis necesidades cuando hay muchos a mi alrededor que también tienen sus problemas y preocupaciones. Ayúdame a vencer mi egoísmo, y a que mi enfermedad y mi persona no sean lo más importante en mi vida. Ayúdame a poner mi vida en tus manos, a renunciar a querer ser yo el centro de atención, cuando el centro debes ser sólo Tú. Te doy gracias Señor porque has dado un sentido a mi vida mostrándome la vocación misionera, y te pido por todos los enfermos del mundo que han perdido la esperanza, para que te encuentren a Ti, que eres el Camino la Verdad y la Vida. Perdón Señor, porque pequé contra Ti.

Padrenuestro, Gloria.

CUARTA ESTACION: JESÚS ENCUENTRA A MARÍA, SU MADRE

El camino de la Cruz: *María ha sido anoticiada de la triste suerte de su hijo. Va presurosa a su encuentro. No se dicen palabras, pero con la mirada se entienden. En el corazón de María resuenan las palabras de Jesús: “¿Acaso no sabías que tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre?”. Y con la mirada, ella responde nuevamente: “Yo soy la esclava del Señor, que se haga en mí su Voluntad”. Frente al dolor de su Hijo y la impotencia de no poder hacer nada por El, María siente que su corazón se desgarrar, pero respeta su decisión de morir por nosotros, porque sabe que su Hijo no es su propiedad exclusiva, porque “su madre y sus hermanos son todos aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la practican”.*

Oración: Señor, tu Madre María te acompañó en todo momento, hasta en los más duros. Ayúdame a imitar su ejemplo, acompañándote yo también. Sé que cuando me siento solo, no es porque Tú dejaste de acompañarme, sino porque yo dejé de acompañarte a Ti. Dame fuerzas para perseverar junto a Ti y nunca renegar de tu Amor infinito, por más difíciles que sean las situaciones que me toque vivir. Te ofrezco mi enfermedad Señor diciendo, al igual que María: “Yo soy la esclava del Señor, que se haga en mí su Voluntad”. Yo también quiero ser tu madre y tu hermano, Señor, por eso escucho tu Palabra y te pido que me des fuerza y coraje para practicarla. Te pido Señor por todos los hombres del mundo que no te conocen, para que encontrando a María, tu Madre, te encuentren también a Ti. Perdón, Señor, pecamos contra ti.

Padrenuestro, Gloria.

QUINTA ESTACION: EL CIRENEO AYUDA A JESÚS A CARGAR LA CRUZ

El camino de la Cruz: *“Cuando llevaban a Jesús camino al Calvario, detuvieron a un tal Simón de Cirene, que volvía del campo, y lo cargaron con la cruz, para que la llevara detrás de Jesús” (Lc 23,26)*

Oración: Señor, aquel Cireneo fue capaz de salir de sí mismo para ir a tu encuentro y ayudarte. Enséñame a descubrir que yo también puedo ser Cireneo en mi vida ayudando en la medida de mis posibilidades a aquellos que me necesitan. Mi enfermedad no debe ser una excusa para que los demás tengan que ayudarme siempre a mí. Los que me rodean, también tienen problemas y preocupaciones, y yo puedo encontrar muchas maneras para ayudarlos: escuchando, aconsejando, o simplemente apoyando y amando... Ayúdame a ser como el Cireneo para las personas que me rodean. Te pido también Señor por todos los Cireneos del mundo, que trabajan día a día por la propagación del Evangelio y de tu Iglesia por el mundo y, especialmente, por aquellos que dedican su vida a la atención pastoral de los enfermos y ancianos: agentes de Pastoral de la Salud, Ministros de la Eucaristía y Legionarios de María, que día a día, llevan tu presencia a los hogares y hospitales donde hay enfermos y ancianos que te esperan, dales fortaleza y perseverancia para cumplir con su misión. Perdón, Señor, porque pequé contra Ti
Padrenuestro, Gloria.

SEXTA ESTACION: UNA MUJER SECA EL ROSTRO DE JESÚS.

El camino de la Cruz: *El rostro de Jesús está marcado por el dolor y el cansancio y bañado de sudor y sangre. De entre la multitud, aparece una mujer que se apiada de él, y con un pañuelo le seca el rostro. Tu rostro bendito, Señor, queda para siempre estampado en ese paño que fue como un bálsamo en medio de tu sufrimiento...*

Oración: Te doy gracias Señor porque en el mundo existen personas capaces de “secar el rostro de los demás”. Te doy gracias especialmente por las personas que me rodean y que me brindan su apoyo: ya sean familiares, amigos, conocidos, médicos, enfermeros. Bendícelos y recompénsalos Señor por el apoyo que me dan. Y si yo puedo ser útil a los que me rodean tal vez brindándoles consuelo o alguna palabra de aliento, muéstramelo Señor. Te pido por los agentes sanitarios, médicos y enfermeros de todo el mundo, para que ilumines su accionar, y sean instrumentos tuyos a través de sus acciones y recomendaciones. Perdón, Señor, pecamos contra ti.

Padrenuestro, Gloria.

SEPTIMA ESTACION: JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ.

El camino de la Cruz: *Jesús sigue su camino, pero el peso de la cruz lo agobia, las fuerzas le fallan, y cae por tierra nuevamente. En El se cumplen las palabras del profeta Isaías: “Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento... Pero El soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias y nosotros lo considerábamos golpeado, herido por Dios y humillado. El fue traspasado por nuestras iniquidades y por sus heridas fuimos sanados” (Is 53,3-5). Pero a pesar de la nueva caída, Jesús se levanta y continúa su camino...*

Oración: Señor, dame la fuerza para afrontar las dificultades, tal como tú lo hiciste en tu camino hacia la cruz. Y lo que es aún más importante, lo hiciste por amor. Lo soportaste todo por mí y por mis pecados. Y yo, a pesar de saber esto, sigo pecando una y otra vez, renegando de Ti, de mí mismo y de mi enfermedad, y de los que me rodean. Enséñame a soportar mi sufrimiento como Tú lo hiciste y a darle un sentido redentor. Quiero ofrecerlo por mis pecados y por los pecados del mundo entero. Enséñame amar con un amor tan grande que sea capaz de olvidar mi propio sufrimiento con tal de lograr la felicidad de los demás. Así como “por tus heridas

fuimos sanados”, te pido Señor la gracia de unir mis heridas a las tuyas y que por mis heridas sean sanados tantos hombres y mujeres de todo el mundo que viven en el pecado y en el desconocimiento de tu Amor. Perdón, Señor, pecamos contra ti.
Padrenuestro, Gloria.

OCTAVA ESTACION: JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES

El camino de la Cruz: *“En el camino hacia el calvario, seguían a Jesús muchos del pueblo y un buen número de mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él. Pero Jesús, volviéndose hacia ellas les dijo: Hijas de Jerusalén! No lloren por mí, lloren más bien por ustedes y por sus hijos” (Lc 23,27-28)*

Oración: A aquellas mujeres les dijiste que era inútil lamentarse en vano, que más valía preocuparse por cambiar la vida. Ayúdame a no ser como aquellas mujeres, a no vivir quejándome y lamentándome por mi enfermedad, por sentir que los que me rodean no me quieren lo suficiente, o preguntándome: “¿Por qué a mí?”. Sé que eso es inútil Señor y que solo contribuiría a hacerme infeliz. Enséñame, por el contrario, a buscar primero tu Reino, convencido que todo lo demás me será dado por añadidura y a esforzarme por llevar una vida santa y que sea testimonio de amor para quienes me rodean. Te ofrezco Señor mi enfermedad. No reniego de ella, no, sino que por el contrario, te agradezco porque es la manera que tengo de estar unido a Ti y a tu pasión y muerte. Mi enfermedad es la manera que tengo de participar de tu Cruz y de contribuir ofreciéndola con amor, por la conversión de los que no te conocen. Perdón, Señor, porque pequé contra Ti.
Padrenuestro, Gloria.

NOVENA ESTACION: JESÚS CAE POR TERCERA VEZ.

El camino de la Cruz: *El camino es largo y difícil y la cruz se vuelve cada vez más pesada. Por tercera vez cae en tierra rendido por el cansancio, y el dolor, la falta de comida y de bebida. Pero no se da por vencido: ya se ha puesto en las manos del Padre y tiene que llegar al final, así que se sobrepone y se pone de pie. Años más tarde, Pedro escribirá en una de sus cartas: “¿Qué gloria habría en soportar el castigo por una falta que se ha cometido? Pero si a pesar de hacer el bien, ustedes soportan el sufrimiento, esto sí es una gracia delante de Dios. A esto han sido llamados, porque también Cristo padeció por ustedes y les dejó un ejemplo a fin de que sigan sus huellas”. (1Pe 2,20-21)*

Oración: Señor, a pesar de haber caído por tercera vez, te levantaste y seguiste adelante. A veces me cuesta tanto perseverar en tu camino... Bien sé que mi enfermedad no es ningún castigo, porque Tú no eres un Dios vengativo, sino que es una circunstancia desagradable de la vida que me ha tocado padecer. Precisamente por eso, tiene mérito soportar este sufrimiento inmerecido, al igual que Tú tuviste que soportar tu cruz. Ayúdame a nunca dejar de seguirte, por más que mi enfermedad se prolongue, que nunca me canse de ofrecértela con paciencia y con amor. Tú lo hiciste como ejemplo para que yo siguiera tus huellas. Te pido Señor por todos los enfermos y ancianos del mundo que se han dado por vencidos y que solo desean morir para acabar con su sufrimiento: dales una luz de esperanza y muéstrales que nunca está todo perdido, mientras nos quede un aliento de vida. Perdón Señor, porque pequé contra Ti.
Padrenuestro, Gloria.

DECIMA ESTACION: DESNUDAN A JESÚS

El camino de la Cruz: *“Los soldados tomaron las vestiduras de Jesús y las dividieron en cuatro partes, una para cada uno. Tomaron también la túnica, y como o tenía costura, porque estaba hecha de una sola pieza de arriba a abajo, se dijeron entre sí: No la rompamos. Vamos a sortearla para ver a quién le toca. Así se cumplió la escritura que dice: Se repartieron mis vestiduras y sortearon mi túnica.”* (Jn 19,23-24b)

Oración: Señor, en tu cruz, te quitaron hasta lo último que tenías: tus ropas, tu túnica, pero no pudieron quitarte lo más grande que tenías y que era el AMOR tan grande a los hombres, que fue capaz de llevarte hasta la muerte. Te pido Señor que me ayudes a no aferrarme a las cosas materiales, a no depender de ellas, a no desesperarme si a veces no son suficientes, o a no almacenarlas inútilmente si son demasiadas. Enséñame a ser pobre, Señor, como Tú lo fuiste en la cruz. Te pido por todas las personas que sufren la pobreza en el mundo, para que no les falte lo indispensable. Y te pido también por aquellos que tienen de sobra, para que no se pierdan en su egoísmo y aprendan a compartir con los que no tienen. Perdón, Señor, porque pequé contra Ti.
Padrenuestro, Gloria.

DECIMOPRIMERA ESTACION: CLAVAN A JESÚS EN LA CRUZ

El camino de la Cruz: *“Cuando llegaron al lugar llamado del Cráneo, lo crucificaron. Jesús, mientras tanto, decía: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.”* (Lc 23,33^a.34^a)

Oración: Señor, hasta en el último momento mientras sufrías los dolores de los clavos que te traspasaban, pensaste en cada uno de nosotros suplicando a tu Padre que nos perdonara. Enséñame a perdonar a mis hermanos. Desde mi enfermedad, tengo la enorme y maravillosa posibilidad de identificarme contigo, doliente en la cruz, y hacer carne propia las palabras de san Pablo: *“Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, es Cristo que vive en mí. Vivo de la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí”*. Quiero compartir tu cruz, Señor. Y que como tu muerte, mi vida sea útil a los demás, por eso te ofrezco mi enfermedad, Señor, por mis pecados y por los pecados de todos los hombres del mundo. Perdón, Señor, porque pequé contra Ti.
Padrenuestro, Gloria.

DECIMOSEGUNDA ESTACION: JESÚS MUERE POR AMOR A NOSOTROS

El camino de la Cruz: *“Era alrededor del mediodía. El sol se eclipsó y la oscuridad cubrió toda la tierra hasta las tres de la tarde. El velo del Templo se rasgó por el medio. Jesús, con un grito, exclamó: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, expiró. El centurión, y los hombres que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y todo lo que pasaba, se llenaron de miedo y dijeron: Verdaderamente este era el Hijo de Dios”* (Lc 23,44-46; Mt 27,54)

Oración: "No hay mayor amor que dar la vida por los que se ama", nos dijiste una vez, y no fueron sólo palabras sino que lo comprobaste con hechos, muriendo por nosotros. Tú lo diste todo, sin medida, diste tu propia vida. ¿Qué soy yo capaz de dar por Ti y por los que me rodean? Enséñame a amar como Tú lo hiciste: a todos por igual y sin medida, y que sea capaz de entregarlo todo por todos. Te pido Señor

por todos aquellos que en distintos lugares del mundo, entregan su vida por amor a los demás a través de su trabajo, especialmente a los que ofrecen su tiempo para cuidar y atender a los enfermos y ancianos. Fortalécenos, Señor, y haz que la entrega de sus vidas no sea en vano. Perdón, Señor, porque pequé contra Ti.
Padrenuestro, Gloria.

DECIMOTERCERA ESTACION: BAJAN A JESÚS DE LA CRUZ

El camino de la Cruz: *“Al atardecer, llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también se había hecho discípulo de Jesús y fue a ver a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús. Pilato ordenó que se lo entregaran. Entonces José, bajó el cuerpo de Jesús de la cruz y lo envolvió en una sábana limpia.”* (Mt 27,57-59)

Oración: Señor, con tu muerte nos diste la Vida, y Vida en abundancia. Tu muerte nos trajo la salvación. Ayúdame a ser digno merecedor de tu salvación buscando siempre la santidad en las cosas de todos los días. Señor, tu muerte no ha sido en vano. Gracias a Ti, muchos hoy podemos vivir la alegría de ser hijos de Dios. Te doy gracias porque con tu muerte en la cruz nos reconciliaste con Dios y hoy podemos ser sus amigos. Te pido Señor por todos los hombres del mundo que no te conocen, que no saben de esta obra maravillosa que hiciste por la humanidad, para que reciban esta Buena Noticia y lleguen al conocimiento de la Verdad. Perdón, Señor, porque pequé contra Ti.
Padrenuestro, Gloria.

DECIMOCUARTA ESTACION: ENTIERRAN A JESÚS

El camino de la Cruz: *“Después de bajarlo de la cruz, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro cavado en la roca, donde nadie había sido sepultado. Era el día de la Preparación y ya comenzaba el sábado. Las mujeres que habían venido de Galilea con Jesús siguieron a José, observaron el sepulcro y vieron cómo había sido sepultado.”* (Lc 23,53-55)

Oración: Señor, tu muerte nos abrió la esperanza de la resurrección. Tú nos prometiste la vida eterna. Haz que viva de acuerdo a esta Gracia que me regalaste, buscando siempre amarte y amar a aquellos que me diste por hermanos. Muchas veces yo también me siento sepultado por mi enfermedad. Ayúdame a no quedarme sumergido en mi dolor, sino que sepa comprender que el sufrimiento es camino a la gloria, como para ti el sepulcro fue la puerta para la resurrección. Dame fuerzas señor para ser testigo de esperanza entre quienes me rodean, y acuérdate de todos aquellos valientes misioneros, hombres y mujeres, que asumen la responsabilidad de llevar tu esperanza a todos los pueblos del mundo. Perdón, Señor, porque pequé contra Ti.
Padrenuestro, Gloria.

9- Vía Crucis

Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011

PRIMERA ESTACIÓN ÚLTIMA CENA DE JESÚS CON SUS DISCÍPULOS

Y tomando pan, después de pronunciar la acción de gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes; haced esto en memoria mía». Después de cenar, hizo lo mismo con el cáliz, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por ustedes» (Lc 22, 19-20).

Jesús, antes de tomar entre sus manos el pan, acoge con amor a todos los que están sentados en su mesa. Sin excluir a ninguno: ni al traidor, ni al que lo va a negar, ni a los que huirán. Los ha elegido como nuevo pueblo de Dios. La Iglesia, llamada a ser una.

Jesús muere para reunir a los hijos de Dios dispersos (Jn 11, 52). *«No sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno» (Jn 17, 20-21).* El amor fortalece la unidad. Y les dice: *«Que os améis unos a otros» (Jn 13, 34).* El amor fiel es humilde: *«También ustedes deben lavarse los pies unos a otros» (Jn 13, 14).*

Unidos a la oración de Cristo, oremos para que, en la tierra del Señor, la Iglesia viva unida y en paz, cese toda persecución y discriminación por causa de la fe, y todos los que creen en un único Dios vivan, en justicia, la fraternidad, hasta que Dios nos conceda sentarnos en torno a su única mesa.

SEGUNDA ESTACIÓN EL BESO DE JUDAS

«Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás» (Jn 13, 26).

«Se acercó a Jesús... y lo besó. Pero Jesús lo contestó: “Amigo, a qué vienes”» (Mt 26, 49-50).

En la Cena se respira un hálito de misterio sagrado. Cristo está sereno, pensativo, sufriente. Había dicho: *«Ardientemente he deseado comer esta Pascua con ustedes, antes de padecer» (Lc 22, 15).* Y ahora, a media voz, deja escapar su sentimiento más profundo: *«En verdad, en verdad os digo: uno de ustedes me va a entregar» (Jn 13, 21).*

Judas se siente mal, su ambición ha cambiado, *a precio de traición*, al Dios del Amor por el ídolo del dinero. Jesús lo mira y él desvía la mirada. Lo llama la atención ofreciéndole pan con salsa. Y lo dice: *«Lo que vas a hacer, hazlo pronto» (Jn 13, 27).* El corazón de Judas se había estrechado y se fue a contar su dinero, para después entregar a Jesús con un beso. Y Cristo, al sentir el frío del beso traidor, no se lo reprocha, lo dice: *Amigo.* Si estás sintiendo en tu carne el frío de la traición, o el terrible sufrimiento provocado por la división entre hermanos y la lucha fratricida, ¡acude a Jesús!, que, en el beso de Judas, hizo tuyas las dolorosas traiciones.

TERCERA ESTACIÓN NEGACIÓN DE PEDRO

« ¿Con que darás tu vida por mí? En verdad en verdad te digo: no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces» (Jn13, 37).
«Y saliendo afuera, lloró amargamente» (Lc 22, 62).

Un cristiano tiene que ser un valiente. Y ser valiente no es no tener miedos, sino saber vencerlos.

El cristiano valiente no se esconde por vergüenza de manifestar en público su fe. Jesús avisó a Pedro: «Satanás os ha reclamado para cribarlos como trigo. Pero yo he pedido por ti» (Lc 22, 31). «Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes de que tres veces hayas negado conocerme» (Lc 22, 34). Y el apóstol, por temor a unos criados, lo negó diciendo: «No lo conozco» (Lc 22, 57). Al pasar Jesús por uno de los patios, lo mira..., él se estremece recordando sus palabras..., y llora con amargura su traición. La mirada de Dios cambia el corazón. Pero hay que dejarse mirar.

Con la mirada de Pedro, el Señor ha puesto sus ojos en los cristianos que se avergüenzan de su fe, que tienen respetos humanos, que les falta valentía para defender la vida desde su inicio, hasta su término natural, o quieren quedar bien con criterios no evangélicos. El Señor los mira para que, como Pedro, hagan acopio de valor y sean testigos convencidos de lo que creen.

CUARTA ESTACIÓN JESÚS, SENTENCIADO A MUERTE

«Es reo de muerte» (Mt 26, 66).
«Entonces se lo entregó para que lo crucificaran» (Jn 19, 16).

La mayor injusticia es condenar a un inocente indefenso. Y, un día, la maldad juzgó y condenó a muerte a la Inocencia. ¿Por qué condenaron a Jesús? Porque Jesús hizo suyo todo el dolor del mundo. Al encarnarse, asume nuestra humanidad y, con ella, las heridas del pecado. *Cargó con los crímenes de ellos* (Is 53, 11), para curarnos por el sacrificio de la Cruz. *Como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos* (Is 53, 3), *expuso su vida a la muerte* (Is 53, 12).

Lo que más impresiona es el silencio de Jesús. No se disculpa, es el *cordero de Dios que quita el pecado del mundo* (Jn 1, 29), fue azotado, machacado, sacrificado. *Enmudecía y no abría la boca* (Is 53, 7).

En el silencio de Dios, están presentes todas las víctimas inocentes de las guerras que arrasan los pueblos y siembran odios difíciles de curar. Jesús calla en el corazón de muchas personas que, en silencio, esperan la salvación de Dios.

QUINTA ESTACIÓN JESÚS CARGA CON SU CRUZ

«Terminada la burla, lo quitaron la púrpura y lo pusieron su ropa. Y lo sacaron para crucificarlo» (Mc 15, 20).
«Y, cargando Él mismo con la cruz, salió al sitio llamado “de la calavera”» (Jn 19, 17).

Cruz no sólo significa madero. Cruz es todo lo que dificulta la vida. Entre las cruces, la más profunda y dolorosa está arraigada en el interior del hombre. Es el pecado que endurece el corazón y pervierte las relaciones humanas. «Porque del corazón salen pensamientos perversos, homicidas, adulterios fornicaciones, robos, difamaciones, blasfemias» (Mt 15, 19). La cruz que ha cargado Jesús sobre sus hombros para morir en ella, es la de todos los pecados de la Humanidad entera. También los míos. Él

llevo nuestros pecados en su cuerpo (1Pe 2, 24). Jesús muere para reconciliar a los hombres con Dios. Por eso hace a la cruz redentora. Pero la cruz por sí sola, no nos salva. Nos salva el Crucificado.

Cristo hizo suyo el cansancio, el agotamiento y la desesperanza de los que no encuentran trabajo, así como de los inmigrantes que reciben ofertas laborales indignas o inhumanas, que padecen actitudes racistas o mueren en el empeño por conseguir una vida más justa y digna.

SEXTA ESTACIÓN JESÚS CAE BAJO EL PESO DE LA CRUZ

Triturado por nuestros crímenes (Is 53, 5).

Jesús cayó bajo el peso de la cruz varias veces en el camino del Calvario (Tradición de la Iglesia de Jerusalén).

La Sagrada Escritura no hace referencia a las caídas de Jesús, pero es lógico que perdiera el equilibrio muchas veces. La pérdida de sangre por el desgarramiento de la piel en los azotes, los dolores musculares insoportables, la tortura de la corona de espinas, el peso del madero..., no hay palabras para describir el dolor que Cristo debió experimentar! Todos, alguna vez, hemos tropezado y caído al suelo. ¡Con qué rapidez nos levantamos para no hacer el ridículo! Contempla a Jesús en el suelo y todos a su alrededor riendo con sorna y dándole algún que otro puntapié para que se levantara. ¡Qué ridículo, qué humillación, Dios mío! Dice el salmo: «*Pero yo soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo; al verme se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza*» (Sal.22, 7-8). Jesús sufre con todos los que tropiezan en la vida y caen sin fuerzas víctimas del alcohol, las drogas y otros vicios que les hacen esclavos, para que, apoyados en Él, y en quienes los socorren, se levanten.

SÉPTIMA ESTACIÓN EL CIRINEO AYUDA A LLEVAR LA CRUZ

«*Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo*» (Lc 23, 26). «*Y lo forzaron a llevar su cruz*» (Mt 27, 32).

Simón era un agricultor que venía de trabajar en el campo. Lo obligaron a llevar la cruz de nuestro Señor, no movidos por la compasión, sino por temor a que se les muriese en el camino. Simón se resiste, pero la imposición, por parte de los soldados, es tajante. Tuvo que aceptar a la fuerza. Al contacto con Jesús, va cambiando la actitud de su corazón y termina compartiendo la situación de aquel ajusticiado desconocido que, en silencio, lleva un peso superior a sus débiles fuerzas. ¡Qué importante es para los cristianos descubrir lo que pasa a nuestro alrededor, y tomar conciencia de las personas que nos necesitan!

Jesús se ha sentido aliviado gracias a la ayuda del Cirineo. Miles de jóvenes marginados de la sociedad, de toda raza, condición y credo, encuentran cada día cirineos que, en una entrega generosa, caminan con ellos abrazando su misma cruz.

OCTAVA ESTACIÓN LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

«*Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: “Hijas de Jerusalén, no lloren por mí, lloren*

por ustedes y por vuestros hijos”» (Lc 23, 27-28).

«El Señor lo guarda y lo conserva en vida, para que sea dichoso en la tierra, y no lo entrega a la saña de sus enemigos» (Sal 41, 3).

Le seguía una multitud del pueblo y un grupo de mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban llorando. Jesús se volvió y les dijo: *«No lloren por mí, lloren por ustedes y por vuestros hijos»*. Lloren, no con llanto de tristeza que endurece el corazón y lo predispone a producir nuevos crímenes... Lloren con llanto suave de súplica, pidiendo al cielo misericordia y perdón. Una de las mujeres, conmovida al ver el rostro del Señor lleno de sangre, tierra y salivazos, sorteó valientemente a los soldados y llegó hasta Él. Se quitó el pañuelo y lo limpió la cara suavemente. Un soldado la apartó con violencia, pero, al mirar el pañuelo, vio que llevaba plasmado el rostro ensangrentado y doliente de Cristo.

Jesús se compadece de las mujeres de Jerusalén, y en el paño de la Verónica deja plasmado su rostro, que evoca el de tantos hombres que han sido desfigurados por regímenes ateos que destruyen a la persona y la privan de su dignidad.

NOVENA ESTACIÓN JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

«Lo crucifican y se reparten sus ropas, echándolas a suerte» (Mc 15, 24).

«De la planta del pie a la cabeza no queda parte ilesa» (Is 1, 6).

Mientras preparan los clavos y las cuerdas para crucificarlo, Jesús permanece de pie. Un despiadado soldado se acerca y, tirándole de la túnica, se la quita. Las heridas comenzaron a sangrar de nuevo causándole un terrible dolor. Después se repartieron los vestidos. Jesús queda desnudo ante la plebe. lo han despojado de todo y lo hacen objeto de burla. No hay mayor humillación, ni mayor desprecio.

Los vestidos no sólo cubren el cuerpo, sino también el interior de la persona, su intimidad, su dignidad. Jesús pasó por este bochorno porque quiso cargar con todos los pecados contra la integridad y la pureza, y murió *para quitar los pecados de todos* (Hb 9, 28).

Jesús padece con los sufrimientos de las víctimas de genocidios humanos, donde el hombre se ensaña con brutal violencia, en las violaciones y abusos sexuales, en los crímenes contra niños y adultos. ¡Cuántas personas desnudadas de su dignidad, de su inocencia, de su confianza en el hombre!

DÉCIMA ESTACIÓN JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a Él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda (Lc 23, 33).

Habían conducido a Jesús hasta el Gólgota. No iba solo, lo acompañaban dos ladrones que también serían crucificados. *Lo crucificaron; y, con Él, a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús* (Jn 19, 18). ¡Qué imagen tan simbólica! *El Cordero que quita el pecado del mundo se hace pecado y paga por los demás*. El gran pecado del mundo es la mentira de Satanás, y a Jesús lo condenan por declarar la Verdad: su ser Hijo de Dios. La verdad es el argumento para justificar la crucifixión. Es imposible describir lo que padeció físicamente el cuerpo de Cristo colgando de la cruz, lo que sufrió moralmente al verse desnudo crucificado entre dos malhechores y sentimentalmente, al encontrarse abandonado de los suyos.

Jesús en la cruz acoge el sufrimiento de todos los que viven clavados a situaciones dolorosas, como tantos padres y madres de familia, y tantos jóvenes, que, por falta de trabajo, viven en la precariedad, en la pobreza y la desesperanza, sin los recursos necesarios para sacar adelante a sus familias y llevar una vida digna.

UNDÉCIMA ESTACIÓN JESÚS MUERE EN LA CRUZ

«Jesús, clamando con voz potente, dijo: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”. Y, dicho esto, expiró» (Lc 23, 46).

«Pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no lo quebraron las piernas» (Jn 19, 33).

Era sábado, el día de la preparación para la fiesta de la Pascua. Pilatos autorizó que les quebraran las piernas para acelerarles la muerte y no quedaran colgados durante la fiesta. Jesús ya había muerto, y un soldado, para asegurarse, lo *traspasó el corazón con una lanza*. Así se cumplieron las Escrituras: *No lo quebrarán ni un hueso*.

El sol se oscureció y el velo del Templo se rasgó por la mitad. Tembló la tierra... Es momento sagrado de contemplación. Es momento de adoración, de situarse frente al cuerpo de nuestro Redentor: sin vida, machacado, triturado, colgado..., pagando el precio de nuestras maldades, de mis maldades...

Señor, pequé, ¡ten misericordia de mí, pecador! Amén.

Jesús muere por mí. Jesús me alcanza la misericordia del Padre. Jesús paga todo lo que yo debía. ¿Qué hago yo por Él?

Ante el drama de tantas personas crucificadas por diferentes discapacidades, ¿lucho por extender y proclamar la dignidad de la persona y el Evangelio de la vida?

DUODÉCIMA ESTACIÓN EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

«Pilatos mandó que se lo entregaran» (Mt 27, 57).

«José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia» (Mt 27, 59).

Cristo ha muerto y hay que bajarlo de la cruz. Acerquémonos a la Virgen y compartamos su dolor. ¡Qué pasaría por su mente! «¿Quién me lo bajará? ¿Dónde lo colocará?» Y repetiría de nuevo como en Nazaret: «¡Hágase!» Pero ahora está más unida a la entrega incondicional de su Hijo: «*Todo está consumado*». Entonces aparecieron José de Arimatea y Nicodemo, que, aunque pertenecientes al Sanedrín, no habían tenido parte en la muerte del Señor. Son ellos quienes piden a Pilatos el cuerpo del Maestro para colocarlo en un sepulcro nuevo, de su propiedad, que estaba cerca del Calvario.

Cristo ha fracasado, haciendo suyos todos los fracasos de la Humanidad. El Hijo del hombre ha sido eliminado y ha compartido la suerte de los que, por distintas razones, han sido considerados la escoria de la Humanidad, porque no saben, no pueden, no valen. Son, entre otros, las víctimas del sida, que, con las llagas de su cruz, esperan que alguien se ocupe de ellos.

DECIMOTERCERA ESTACIÓN JESÚS EN BRAZOS DE SU MADRE

«Una espada te traspasará el alma» (Lc 2, 34).

«*Ved si hay dolor como el dolor que me atormenta*» (Lam 2, 12).

Aunque todos somos culpables de la muerte de Jesús, en estos momentos tan dolorosos la Virgen necesita nuestro amor y cercanía. Nuestra conciencia de pecadores arrepentidos lo servirá de consuelo.

Con actitud filial, situémonos a su lado, y aprendamos a recibir a Jesús con la ternura y amor con que ella recibió en sus brazos al cuerpo destrozado y sin vida de su Hijo.

«*¿Hay dolor semejante a mi dolor?*»

Y, mientras preparaban el cuerpo del Señor *según se acostumbra a enterrar entre los judíos* (Jn 19, 40) para darle sepultura, María, adorando el Misterio que había guardado en su corazón sin entenderlo, repetiría conmovida con el profeta:

«*Pueblo mío, ¿qué te he hecho?, ¿en qué te he molestado? ¡Respóndeme!*» (Mq 6, 3).

Al contemplar el dolor de la Virgen, hacemos memoria del dolor y la soledad de tantos padres y madres que han perdido a sus hijos por el hambre, mientras sociedades opulentas, engullidas por el dragón del consumismo, de la perversión materialista, se hunden en el nihilismo de la vaciedad de su vida.

DECIMOCUARTA ESTACIÓN JESÚS ES COLOCADO EN EL SEPULCRO

«*Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús*» (Jn 19, 42).

«*José de Arimatea rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó*» (Mt 27, 60).

Por la proximidad de la fiesta, se dieron prisa en preparar el cuerpo del Señor para colocarlo en el sepulcro que ofrecieron José y Nicodemo. El sepulcro era nuevo, a nadie se había enterrado en él.

Una vez colocado el cuerpo sobre la roca, José hizo rodar la piedra de la puerta, quedando la entrada totalmente cerrada. *Si el grano de trigo no muere...*

Y, después del ruido de la piedra al cerrar el acceso al sepulcro, María, en el silencio de su soledad, aprieta la espiga que ya lleva en su corazón como primicia de la Resurrección.

En esta espiga recordamos el trabajo humilde y sacrificado de tantas vidas gastadas en una entrega sacrificada al servicio de Dios y del prójimo, de tantas vidas que esperan ser fecundas uniéndose a la muerte de Jesús.

Recordamos a los buenos samaritanos, que aparecen en cualquier rincón de la tierra para compartir las consecuencias de las fuerzas de la naturaleza: terremotos, huracanes, maremotos...

Oración a la Virgen

«Madre y Señora nuestra, que permaneciste firme en la fe, unida a la Pasión de tu Hijo: al concluir este Vía Crucis, ponemos en ti nuestra mirada y nuestro corazón. Aunque no somos dignos, te acogemos en nuestra casa, como hizo el apóstol Juan, y te recibimos como Madre nuestra. Te acompañamos en tu soledad y te ofrecemos nuestra compañía para seguir sosteniendo el dolor de tantos hermanos nuestros que *completan en su carne lo que falta a la Pasión de Cristo, por su cuerpo, que es la Iglesia*. Míralos con amor de madre, enjuga sus lágrimas, sana sus heridas y acrecienta su esperanza, para que experimenten siempre que la Cruz es el camino hacia la gloria, y la Pasión, el preludio de la Resurrección».

10- Vía crucis para sacerdotes

PRIMERA ESTACIÓN

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

He pensado y he dicho tantas veces yo, tu sacerdote, que Tú has sido condenado injustamente.

Judas te ha traicionado por ingratitud, por avaricia y por el Maligno.

Los Sacerdotes y el Sanedrín te han desechado porque eran ciegos de tu inesperado resplandor divino.

Los soldados te han dado latigazos y se han reído de ti porque eran inconscientes y brutales.

Pilatos te ha entregado al verdugo por miedo y escepticismo.

Y la multitud gritaba: “*Crucificalo*” porque había sido instigada y había olvidado que “*habías pasado en medio a ellos haciendo el bien*”.

Condenado injustamente, condenado siendo inocente.

Pero ahora pienso, Señor, que he olvidado la verdad más profunda y misteriosa.

Tú has sido condenado *justamente*, porque has querido llevar sobre Ti el peso horrible de todos nuestros pecados, haciendo tuya la responsabilidad delante de Dios, nuestro Creador y Padre.

Más todavía; por nosotros y en nuestro lugar, Tú has querido “*hacerte pecado por nosotros*” y has llegado a ser - delante del mundo- “*como uno delante del que se cubre la cara por la vergüenza*”.

“*Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo...*”, quitas el pecado porque continuas a tomarlos sobre Ti y a expiarlos uno a uno.

Y para Ti cada día de nuestra historia es un Viernes Santo.

Pienso en tu sacerdote S. Leopoldo Mandic, cerrado durante años y años en un confesionario, hundido en los pecados que los penitentes echaban sobre él. Algunos se burlaban de él porque hacía a todos inocentes, absolviéndolos con misericordiosa magnanimidad, para después pasar largas noches en expiación, temblando por miedo del juicio de Dios. Había despedido a los pecadores más frágiles poniéndose en su lugar: “*Haré penitencia por ustedes, yo haré oración...*”.

Y rico de misericordia por todos, aceptaba temblar delante de la justicia de Dios.

SEGUNDA ESTACIÓN

JESÚS CARGADO CON LA CRUZ

Nos hemos quedado casi solos - nosotros, tus sacerdotes - al decir que el sufrimiento puede redimir, que el dolor puede llenarse de significado y llegar a ser salvador.

Pero lo decimos tímidamente, como si quisiéramos pedir perdón al hablar con este extraño lenguaje.

¡Existe tanto dolor en el mundo! Son tantas las penas cotidianas y tantas las personas sobre las que gravita la cruz sin poder evitarla.

Y nosotros debiéramos invitarlos a llevarla *abrazándola*, como Tú lo haces mientras el leño se hunde en tus espaldas y absorbe tu sangre.

“*Yo te saludo, oh Cruz de tanto tiempo deseada*” dijo tu discípulo Andrés. Como también el apóstol Pablo anunciaba de estar alegremente “*crucificado Contigo*” y de querer conocer solamente la “*sabiduría de la Cruz*”.

Un poeta tuyo ha dicho: “*Jesús coge la Cruz, de la misma manera que nosotros tomamos la Eucaristía*”.

Somos nosotros, tus sacerdotes, que tenemos cada día en nuestras manos tu cuerpo sacrificado y lo presentamos a la adoración y lo ofrecemos como comida.

Tú no nos pides ser más fuertes en saber soportar, sino más alegres en saber transubstanciar nuestros pequeños sufrimientos en tu sufrimiento infinito, y de convertirlo en alimento para la Iglesia.

San Juan de la Cruz - que compuso los más bellos poemas de Amor místico, estando en una oscura y penosa cárcel - enseñaba: *“Te baste Cristo crucificado. Sufre con El y descansa en El”* y supo unirse totalmente a Ti en el locho de muerte, contemplando las propias llagas *‘devotamente’* porque se asemejaban a las tuyas.

Concédenos, Señor, adorar nuestras pequeñas cruces - sobre todo aquellas que son propias de nuestro ministerio - como pedazos de tu Cruz gloriosa.

TERCERA ESTACIÓN JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ BAJO EL PESO DE LA CRUZ

Tú, Señor, *“caes por primera vez”*; por tres veces caerás y te levantarás con gran cansancio antes de llegar al Calvario.

Tu cansancio lo he predicado muchas veces a los fieles a fin de que tomasen ejemplo.

“También Jesús ha caído” - decía - *“hasta el Hijo de Dios ha experimentado la debilidad que acaba con nuestras pobres fuerzas”*. Pero en realidad lo decía como si de Ti se hubiera podido esperar una energía mucho más indómita.

Y he olvidado que tus caídas fueron los últimos y decisivos pasos de tu Encarnación.

Por nosotros Tú has descendido del cielo; has bajado a una pobre cueva de Belén; has bajado en medio de una multitud de pecadores y de enfermos.

Has bajado..., pero esto no sería suficiente sin aquellos últimos pasos de obediencia, que te aproximan al corazón de la tierra, a tu sepulcro nuevo.

Así Tú, cayendo, comienzas a pegarte al suelo con todo tu cuerpo.

Besas la tierra como hace el misionero que llega a un país extranjero, que será su patria.

Te postras al suelo y lo besas como hemos hecho nosotros sacerdotes el día de nuestra Ordenación.

Recuerdo las palabras que la madre de S. Juan Bosco dijo a su hijo, en el día que celebraba la Primera Misa Solemne (era la fiesta del Corpus Domini): *“Eres sacerdote, celebras la Misa, por este motivo estás más cerca de Jesucristo. Recuerda que empezar a celebrar Misa quiere decir comenzar a sufrir”*.

Se comienza inevitablemente a sufrir porque es necesario llevar a Cristo y la Palabra de Dios a todos los hombres, y el camino es desigual y muchas veces accidentado.

Pero tú, Señor, concédenos caer solamente en tu camino.

CUARTA ESTACIÓN JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE

Siguiendo el camino, Señor, ciertamente has encontrado a tu Madre.

Eran más de treinta años que Ella esperaba el día anunciado en el que *“una espada de dolor lo habría traspasado el alma”*. De esta manera te acompañaba al calvario cuando ya el centurión tenía en la mano la lanza, que habría traspasado vuestros corazones.

La tradición ha puesto en la boca de la Virgen el lamento del profeta: *“Oh ustedes que pasáis por el camino, mirad si existe un dolor semejante al mío...”*

Pero todos nos hemos detenido delante del portal del misterio, atentos solamente al dolor provocado por los insultos y las heridas.

No hemos contemplado el verdadero y bienaventurado dolor de tu Virgen Madre, silenciosa, delante del diálogo que Tú tenías con tu Padre, antes de que Él te

abandonase.

Ciertamente María recordaba las palabras del ángel: “*darás a luz un Hijo..., será grande..., y su reino no tendrá fin...*”.

Así había sido la promesa, sin embargo el Padre “*mandaba al Hijo por amor del mundo*”: “*no lo ahorra*”.

Y a Ella todavía se lo pedía que consintiera, que repitiera el *Fiat*, que abandonara al Hijo en el momento de la muerte y que en cambio recibiera al discípulo...

Pero cómo no podía Ella no consentir si había sido llamada - Ella en primer lugar - a contemplar “*el precio del rescate*”; no sólo nuestro rescate de hijos pecadores, sino todavía más: *su rescate* de Señora Inmaculada, anticipadamente redimida por el sacrificio del Hijo.

María acompañaba a Jesús al monte, allí donde habría comprendido, en misterioso temblor, que era la primera “*Hija de su Hijo*”.

A los pies de la Cruz, viéndose totalmente desde siempre dentro de un mar de gracia, Ella se convierte para nosotros en Madre de misericordia.

En esta estación aprendemos solamente de Ella, la Toda Santa.

QUINTA ESTACIÓN EL CIRINEO AYUDA A JESÚS A LLEVAR LA CRUZ

Un hombre, que por casualidad pasaba por allí volviendo de su terreno, fue obligado a llevar tu Cruz para darte un poco de alivio. No sabemos nada de él, pero sabemos que sus hijos, Alejandro y Rufo, fueron cristianos. Y conmueve pensar que quizás fue la improvisa y misericordiosa manera en que fue comprometido el padre, en aquel camino de pasión, aquello que los engendró en Cristo.

Pienso de nuevo en tantas meditaciones blandas en las que se pide a los cristianos que lleven “*un poco de Cruz*” juntamente a Jesús.

En verdad, Tú estabas muy cansado, Señor, y era lógico tu continuar penoso *detrás* del Cirineo, que llevaba encima tu cruz.

Sin embargo el evangelista nota que “*lo pusieron encima la Cruz, para que la llevase detrás de Jesús, y lo seguía una gran multitud del pueblo*”.

Llevando tu Cruz el Cirineo aprendió a seguirte y, juntamente contigo, llegó a ser un guía para el pueblo.

Nosotros sacerdotes no debemos llevar solamente nuestras cruces cotidianas, debemos llevar propiamente la Tuya, para poder pedir a nuestro pueblo que te siga.

El Santo Cura de Ars tentó muchas veces de huir de la parroquia; no porque no quería sufrir sino por el constante pensamiento de ser indigno de representarte; demasiado miserable para poder ser tu imagen de misericordia. Y siempre - por Ti y por el pueblo - se lo volvía a llevar a aquel confesionario donde lo esperaban multitud de peregrinos. Entonces pedía humildemente excusa diciendo “*He hecho el niño*”, y de nuevo recomenzaba a llevar contigo la Cruz y se consolaba diciendo: “*¿Qué sería de tantos pecadores si no fuera así?*”.

SEXTA ESTACIÓN LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

Es éste el único episodio inventado por la piedad popular con el fin de dar a todos y a cada uno un sitio en la *Vía Crucis*; el sitio de amor y de ternura que toca a la Esposa.

Entre la Verónica y Jesús - entre nosotros y el Crucificado - un velo; un velo para enjugar el rostro atormentado del Esposo para devolverlo su forma y su belleza.

La Verónica representa y describe el destino femenino-esponsal de toda la Humanidad; la íntima naturaleza de la Iglesia nacida del costado de Cristo y unida

irrevocablemente a Él; la vocación y la misión para la cual viene escogida cada alma cristiana.

Verónica es la mujer del *Cantar de los Cantares*, cuya pasión de amor es llegar a ser *con-pasión*, un verdadero sufrir junto al Amado.

Verónica es aquella que guarda dentro de sí la imagen del Amado a fin de poderlo encontrar siempre.

Verónica son nuestras comunidades cristianas cuando buscan entre la multitud la presencia del Amado, y lo descubren en el rostro de los más humillados y se dan prisa para limpiarlos con infinita dulzura.

Verónica son también tus santos sacerdotes cada vez que se llenan de ternura, cuando encuentran tu rostro desfigurado y lo honran con una caridad sin límites y con genial trato...

A menudo se veía a San Camilo de Lelis arrodillado junto a la cama de los enfermos, con la seguridad de estar delante "*de su amado Señor Jesucristo*", y algunas veces llagaba a una confusión tal que descubría a ellos sus pecados, convencido de que lo hacía directamente al Crucificado. Y su biógrafo añade: "*cuando cogía a uno de ellos entre sus brazos a fin de poder cambiar las sábanas, lo hacía con tanto afecto y diligencia que parecía que lo estaba haciendo a la misma persona de Jesús*".

Y fueron esta "mirada" y esta "ternura" la que permitió renovar, de arriba abajo, la asistencia sanitaria de su tiempo.

SEPTIMA ESTACIÓN JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

A mitad del recorrido tú, Jesús, caes todavía, como si el camino se abriese y se derrumbase por ambos lados.

Y ésta es todavía una caída más humillante porque la Cruz está sobre las espaldas del Cirineo. Pensaban que Tú podías resistir...

Pero Tú caes porque tienes encima el inmensurable peso de la miseria humana, y ésta es una carga invisible a los ojos.

Caes porque eres un Creador que se ha hecho criatura, y las criaturas te han cogido con la trampa como si tu fueses una alimaña.

Caes porque tu puesto es el de esclavo golpeado a sangre y que inútilmente se lamenta con un canto.

Caes porque eres igual a una bestia de carga, que cae en tierra y el peso lo viene encima.

Y mientras caes nos concedes de no distraernos al contemplar tu pobre cuerpo abatido; ayúdanos a no apartar la mirada de tu rostro entumecido entre piedras.

Señor, haz que aceptemos voluntariamente de *caer* junto a Ti, todas las veces que tú deseas que nos levantemos renovados.

Tu sacerdote S. José Benito Cotelengo vivió su sacerdocio durante largos años, recorriendo un camino rico de halagos y honores, hasta el momento en que Tú lo hiciste "*caer*" delante del camastro ensangrentado de una pobre partera, a quien todos habían rechazado la asistencia...

Solamente tuvo tiempo de dar la Extrema Unción a la madre y el Bautismo a la niña antes de que murieran. Pero *se levantó* movido por la gracia. Había llegado a ser - como lo gustará llamarse - "*el peón de la Divina Providencia*".

OCTAVAI ESTACIÓN UNAS MADRES LLORAN POR JESÚS

Unas madres lloran por el Hijo de María, humillado y conducido a la muerte, aunque si todavía es un leño verde.

Pero es Jesús quien se conmueve por ellas; quisiera que fueran las madres quienes llorasen por ellas mismas por haber generado y dado la leche a hijos que - sin El - serían destinados a arder como leña seca, en el incendio de un mundo sin salvación.

Jesús conoce el dolor de las madres de cada tiempo; aquellas que no se consuelan delante de la crueldad de Herodes (un Herodes de las mil caras) que roba sus hijos de entre sus brazos, y el de aquellas que se acusan de no haber sabido o querido protegerlos.

Jesús conoce también el lloro de los hijos de generación en generación. Niños que las mismas madres han rechazado cuando todavía estaban en su vientre; niños que sus padres los han desechado; niños sin casa, sin cuidados, sin pan, sin juegos; niños vendidos por el placer de la ganancia.

Conoce también el dolor sordo de los contactos llanos de desilusión; padres que no han sabido llegar a ser talos y jóvenes que no han sabido comportarse como hijos.

Estos sufrimientos, Señor, que tú conoces porque *eres Hijo*, porque están muy cerca - más que otra pena - del mismo misterio de tu Persona.

Concede a nosotros Sacerdotes el saber ver solamente hijos tuyos a nuestro alrededor.

Danos la mirada de S. Vicente de Paul cuando encargó a sus monjas - ya muy llenas de trabajo - la *“Obra de los niños abandonados”*, explicando con entusiasmo: *“Seréis como la Señora, porque seréis madres y vírgenes. ¿Os dais cuenta de aquello que hace el Señor por ustedes? Desde toda la eternidad ha establecido este tiempo para inspiraros el deseo de cuidar estos pequeños que El considera suyos: desde la eternidad ha elegido a ustedes, hijas mías, para servirlo. ¡Qué honor para ustedes servir a los hijos de Dios!*

NOVENA ESTACIÓN JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

Es la tercera vez que caes, Señor, y según la iconografía tradicional te obligan a levantarte con la furia de los latigazos, como si te faltase un “de más” de sufrimientos para darte la fuerza de padecer todavía.

Pero tú conoces la verdad escondida.

Antes de ser levantado entre el cielo y la tierra, antes de poder volver *“a la derecha del Padre”* debes, por última vez, manifestar tu complota entrega a nuestra tierra, al polvo del cual hemos sido hechos.

Caes porque quieres abrazar a todos cogiéndonos entre tus brazos mientras nosotros caemos.

Caes por tercera vez, como tres veces has sido tentado por Satanás que quería quitarte tu verdadera *“encarnación”*.

Caes por tres veces, como tres veces ha caído el primero de tus apóstolos cuando te ha renegado.

Caes por tres veces, porque la tercera vez es aquella definitiva y si te levantas de nuevo es porque el Padre es *“más fuerte de todos”* y te hará resucitar *“después de tres días”* de tu caída mortal.

Danos Señor el modo de comprender que ciertas caídas son solamente el presagio de resurrección.

Así tu Beato siervo Daniel Comboni - que había soñado abrazar misionariamente toda el África - al final de su vida se encontró aplastado por la calumnia y vio aproximarse la destrucción de toda su obra.

Murió a los cincuenta años, cansado de las vigiliias y de las fatigas apostólicas, pero fiel a aquello que había inicialmente prometido a sus amadísimos africanos: *“El día más feliz de mi vida será aquel en que podré dar mi vida por ustedes”*.

X ESTACIÓN JESÚS ES DESNUDADO DE SUS VESTIDOS

Mientras los soldados se dividen los vestidos y echan a suertes la túnica, tu cuerpo desnudo resplandece de humillación y de gloria.

Detenerme en esta décima estación, Señor, ha sido siempre para mí la cosa más difícil, y nunca me ha sido fácil estar con los fieles para ayudarlos a contemplarte.

No por tu dolorosa y tremenda desnudez, sino por los misterios que intuyo y que exigirían una sensibilidad mística, aquella de innumerables Santas y Santos que te han adorado como su *“Esposo Crucificado”*.

Pensándolo bien, Jesús mío, en toda la *Vía Crucis* está escondido un drama nupcial; de una parte se encuentra la humanidad perdida que te rechaza como Esposo y te traiciona, de la otra está tu Humanidad que acepta el rechazo y la traición, y lo transforma en comunión esponsal.

Así ha sucedido en tu último encuentro con Judas al que has *verdaderamente* abrazado y besado.

Así ha sucedido cuando te han revestido de púrpura y te han coronado, como se corona al Esposo en el momento de la boda.

Así ha sucedido cuando te han *“presentado”* delante a la multitud de los enviados: *“He aquí el hombre”*, he aquí el Elegido, el Amado.

Así sucede ahora que los soldados te ayudan a desnudarte y Tú te ofreces a la Esposa en alegre e inocente desnudez (aquella del nuevo Adán, que no tiene por qué avergonzarse).

Así sucederá dentro de poco cuando te extenderás sobre la cama de la Cruz para un verdadero matrimonio con la Señora Pobreza.

Así amaba contemplarte tu santo Diácono Francisco de Asís que contó al mundo aquellas bodas sublimes, al punto de querer él mismo renovarlas en la Iglesia, amando la pobreza como *“su mujer más querida”*

DECIMOPRIMERA ESTACIÓN JESÚS ES CLAVADO A LA CRUZ

En la oración que Jesús recitaba sobre la cruz - en el salmo que empieza *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”* - estaban también estas palabras: *“Han horadado mis manos y mis pies / se pueden contar todos mis huesos”*. Y la oración continuaba de esta manera: *“Anunciaré tu Nombre a mis hermanos / te alabaré en medio de la asamblea”*.

La Cruz era el púlpito que el Padre te daba, oh Jesús, para revelarnos su nombre y para alabarlo juntamente con nosotros, tus pobres crucificados.

Perdóname, si pienso ahora al ministerio que me has entregado y al anuncio que me pides repetir cada día *“a mis hermanos”*.

Ciertamente te debo obediencia, pero pocas veces he pensado a tu absoluta obediencia, aquella manera tuya de estar irremediabilmente *“clavado”* a la cruz.

Un antiguo texto medieval ofrecía a los monjes estos *“tus”* consejos: *“Como un crucifijo no puede mover los miembros según su propio capricho, ni puede girarse, sino que debe permanecer inmóvil allí donde lo ha clavado, así es necesario que tu estés en tu cruz y renuncies a ti mismo, sin poder cambiar la voluntad detrás de las fantasías o al placer de un instante, sino aplicándola totalmente allí donde mi voluntad te ha destinado”*.

Concede también a nosotros, tus Ministros, de permanecer crucificados con alegría - en pobre y desnuda obediencia - al ministerio que nos has entregado.

Así permaneció cotidianamente pegado a tu cruz - por más de cuarenta años - el P. Pío de Pietralcina, llevando en su cuerpo tus llagas.

Los estigmas mostraron evidentemente el milagro del sacerdocio cristiano; haciendo ver el “*caro precio*” de sangre escondido en cada sacrificio eucarístico, en cada absolución sacramental, en cada intercesión de gracias y en cada conflicto con el Maligno; como también el precio escondido en la humilde y constante sumisión a tu Iglesia.

DECIMOSEGUNDA ESTACIÓN JESÚS MUERE EN CRUZ

Después de haber perdonado la obtusa maldad de los hombres, después de haber escuchado de parte de un ladrón arrepentido una dulce oración (“*Jesús, acuérdate de mí*”), después de haber gritado “*Tengo sed*” - casi un último testamento para nosotros - Jesús muere.

Señor, los místicos medievales decían que deberíamos meditar tu muerte en cruz sin cansarnos nunca de entrar en la profundidad de tu “*muy grande amor*”.

El discípulo Juan - el único de los Doce que te ha visto morir - ha observado el momento de tu muerte y ha conservado para nosotros un recuerdo precioso: “*Jesús, después de haber reclinado la cabeza, entregó el espíritu*”.

A cada moribundo el último respiro escapa de los labios y acto seguido la cabeza cae sobre el pecho.

Sin embargo, Tú has inclinado antes la cabeza y después has “*entregado el Espíritu*”: de esta manera tu último respiro descendió sobre la pequeña Iglesia ya reunida a los pies de la Cruz.

Aquel último suspiro de moribundo era como el hálito del Creador sobre el primer hombre; era como el Espíritu enviado a la Virgen en el momento de tu Encarnación, que ya anunciaba aquel respiro de vida nueva que infundiste sobre los discípulos la tarde de la Pascua y el día de Pentecostés.

Estoy viendo de nuevo a tu mártir S. Maximiliano Kolbe, que está allí delante de un montón de cadáveres, que ha debido transportar al horno crematorio de Auschwitz con una carretilla. Antes de alojarse murmura calladamente: “*Et Verbum caro factum est... Santa María, ruega por nosotros*”.

También sobre el patíbulo de un lager, aquel último suspiro de un mártir - un respiro de fe en Ti y de caridad en favor de otras víctimas - fue la anticipación de la “*victoria mediante la fe y el amor*”

DECIMOTERCERA ESTACIÓN JESÚS ES PUESTO EN LOS BRAZOS DE SU MADRE

Antes de los últimos pasos que te llevarán al sepulcro, oh Jesús, descansas unos momentos en paz, en los brazos de tu Madre, como un hijo fatigado después de una larga jornada.

Ha sido la “*jornada*” que el Padre te ha señalado - una buena andadura de trabajo - y Él está dispuesto a llevarte junto a Sí.

Como María, también el Padre celaste te recoge en su seno y te susurra: “*Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado*”.

Con fe, esperanza y caridad, la Virgen Madre retiene silenciosamente entre sus brazos tu cuerpo ya muerto.

En Ella vemos la imagen y el modelo de la Iglesia que - con alegría y con sufrimiento - engendra continuamente a los hijos de Dios y espera su resurrección.

A nosotros, tus ministros, concede, Señor, tener “*piEDAD*”; *piEDAD* por tu eterno sacrificio que debemos renovar cotidianamente, teniéndote entre las manos; *piEDAD* por todos aquellos que debemos engendrar como hijos tuyos, acompañándolos en la pasión y preparándolos a la vida resucitada.

El Beato P. Tito Brandsma, en el campo de Dachau, a la enfermera, odiada y despreciada por todos los presos y que debía inyectarle el ácido fénico, regaló su pobre rosario.

- *“No sé rezar”* - fue la respuesta irritada de aquella mujer. Lo respondió con mansedumbre:

- *“No es necesario que tú digas toda el Avemaría; di solamente “Ruega por nosotros pecadores”*.

Y ella nunca pudo olvidar el rostro de aquel anciano sacerdote a quien había asesinado. Más tarde dirá: *“Él tenía compasión de mí”*. Lo había dado la muerte, pero él la había hecho nacer a la gracia.

DECIMOCUARTA ESTACIÓN JESÚS ES PUESTO EN EL SEPULCRO

En María, la Iglesia te ha acogido para siempre entre sus brazos y espera el milagro. En la tumba oscura tu cuerpo yace vigilado por la Trinidad y en gran silencio llega el diálogo de la Resurrección.

El corazón del Padre ha quedado herido por tu oración, cuando lo has pedido *“con grandes gritos y lágrimas de verte liberado de la muerte”*, y el Padre - que *“siempre te escucha”* - no puede dejar *“que su Santo vea la corrupción”*.

De esta manera, en la noche de la sepultura, como ya había hecho en la oscuridad de la cueva de Belén, con la fuerza del Espíritu Santo, el Padre te engendra nuevamente: *“...luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero”*.

Ni la gran piedra sellada ni los guardianes, que vigilaban la tumba, pudieron impedir la transustanciación de tu cadáver en cuerpo resucitado.

Desde entonces todos tus fieles aceptarán, en el Bautismo, el estar *“sepultados contigo”* con el fin de poder resucitar contigo.

Ayúdanos, Señor, a no tener miedo de los sepulcros de esta tierra y ayúdanos a descender en ellos seguros de estar entre las manos de tu Padre.

De este modo el Beato P. Damián de Veuster fue al leproso de Molokai - considerado en aquel entonces como *“el cementerio y el infierno de los vivos”* - y desde su primera predicación abrazó a todos aquellos infelices diciendo simplemente: *“Nosotros, los leprosos”*. Y al primer enfermo que lo dijo: *“Atención, Padre, que os podéis contagiar con mi mal”*, respondió: *“Hijo mío, si la enfermedad se lleva consigo mi cuerpo, Dios me dará otro”*.

Haz, Señor, que podamos permanecer delante de tu sepulcro en adoración de espera, como hizo Santa María de Betania, la mujer que te había ungido anticipadamente con *“el aceite perfumado para la sepultura”* y que tú escogiste como primer testigo de tu Resurrección.

11-Contemplar a Jesús para conocerlo internamente

Para un retiro breve en Cuaresma

La oración de este rato podría ser una prolongación de los encuentros previos con Jesús: crecer en su relación con Él, conocerlo internamente, dejarlo que se vaya haciendo Señor de mi vida, de mi modo de actuar, de vivir, de ser. Nos acercaremos a imágenes y encuentros que nos invitan a dirigir nuestra mirada a los **ojos y al corazón, a la boca y a los oídos, a las manos y pies** de Aquel que se acercó a ellos y transformó sus vidas.

Cada apartado es para un rato de oración. Primero lee la guía, y luego toma, uno por uno, aquellos que más te agarren. Recuerda poner los pasos de la oración en cada uno. Inicio, desarrollo y cierre. Si lo deseas o necesitas, haces un pequeño corte y comienzas de nuevo. Si te sientes con deseo de hacerlo seguido para no perder la concentración, adelante... aprovecha. Recuerda escribir lo que vas viviendo.

1. Loe Mc 1,29-31: al comienzo de la escena, vemos a una mujer postrada, separada, poseída por la fiebre. Al final, esa misma mujer, ya curada, está integrada en la comunidad y sirviendo a los demás, es decir, en ese lugar al que remite siempre Jesús a los que lo siguen, porque ahí *«se tiene parte con él»*. En el centro del texto está la clave de la transformación: *«Jesús se acercó y, tomándola de la mano, la levantó»*.

Contempla esa mano tendida de Jesús. Es su primer gesto silencioso en el evangelio de Marcos, y en él se evoca como en esbozo todo lo que ha venido a ser para la humanidad caída: una mano tendida que nos agarra para sacarnos de nuestra postración, para librarnos de nuestras fiebres, para conducirnos hacia el servicio de sus hermanos más pequeños. *«Había en él una fuerza para sanar...»* (Lc 5,17).

□ Entra en el ámbito de esa fuerza, déjate levantar por esa mano, agradece la fuerza y la liberación que te llegan a través de ella. Pregúntate por el potencial que hay en las tuyas: ¿cómo fluye?, ¿hacia quiénes?, ¿retienen o entregan?, ¿hunden o levantan?...

2. Loe en Mt 8,1-4 la curación del leproso. Toda la fuerza del texto está en el contraste entre, por una parte, el horror y el deseo de huida que produce la lepra y, por otra, la aproximación de la mano de Jesús hasta tocar a aquel hombre y limpiarlo.

□ Contempla esas **manos** de Jesús que no temen entrar en contacto con la suciedad, la podredumbre, la miseria humana...: todo aquello a lo que nosotros tenemos horror. Siente que su mano está tendida también hacia ti y que desea transformarte en alguien limpio, sano y libre. Déjate tocar por ella y pídelo que te permita caminar a su lado *para acercarte con él a tantos hombres y mujeres que son los «leprosos» de hoy y a los que él sigue queriendo tocar, bendecir, curar, devolver la dignidad*.

2. Entre todas las palabras que pronunciaron los **labios** de Jesús, vamos a escuchar algunas que giran en torno a dos temas que parecen contradictorios y no lo son: el **ánimo y la exigencia**. Están tomadas del evangelio de san Lucas.

□ Ponte delante de Jesús, consciente de que necesitas sus palabras de consuelo y de aliento, y trae contigo a la oración a tanta gente abatida, desalentada, desesperanzada, herida... Escucha con el corazón unas palabras que nacen de la misión que el Padre ha confiado a su Hijo y que el Segundo Isaías expresa así:

□ *«Consuelan, consuelan a mi pueblo, dice vuestro Dios...»* (Is 40,1).

□ *«El Señor me ha dado una lengua de discípulo para que haga saber al cansado una palabra alentadora»* (Is 50,4).

- « No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre lo ha parecido bien darlos el Reino» (Lc 12,32).
- «No necesitan médico los sanos, sino los que están enfermos. No he venido a llamar a conversión a los justos, sino a los pecadores» (Lc 5,32).
- «**Hija, tu fe te ha sanado; vete en paz**» (Lc 8,48).
- «*Tus pecados te quedan perdonados*» (Lc 5,23).
- «Alégrese conmigo, porque he encontrado la oveja que se me había perdido» (Lc 15,6).
- «Hoy ha llegado la salvación a esta casa» (Lc 19,9).

3. Recordando de nuevo la expresión de Mons. Angelolli, a Jesús lo encontramos siempre con un oído puesto en el Padre y otro en la gente:

«De madrugada, muy oscuro todavía, se levantó. Salió y se fue a un lugar solitario, y allí estuvo orando» (Mc 1,35).

- Revive internamente la escena, trata de visualizarla en todos sus detalles. Tú también estás ahí en esa madrugada, inmerso en la oscuridad que aún envuelve las casas de Cafarnaún. Tu mirada apenas distingue la sombra de Jesús, que salo silenciosamente de una de esas casas; pero tus oídos atentos escuchan el leve rumor de sus pisadas. Vas detrás de él calladamente hasta el lugar en que va a ponerse a orar. Contempla su actitud, su postura; trata de intuir qué palabras del Padre está escuchando: «Tú eres mi hijo amado, en ti tengo puesta toda mi complacencia...»
- Escúchalas como dirigidas también a ti ya cada uno de tus hermanos.

4. Hablar de los pies de Jesús es hablar de su camino y de su búsqueda, de su cansancio y de su decisión de llegar hasta el final. Se detuvieron junto al pozo de Siquem para esperar a la mujer samaritana (Jn 4,5), y a la salida de Jericó para aguardar a Bartimeo (Mc 10,46); lo llevaron al Tabor en un momento de luminosidad y transfiguración, y a Jerusalén, a pesar del peligro que allí lo acechaba. Una mujer los ungió con perfume (Lc 7,36-50); dos de ellas, María Magdalena y la otra María, cuando él los salió al encuentro en la mañana de la resurrección, «*se abrazaron a sus pies y lo adoraron*» (Mt 28,9).

- Acércate también tú a contemplar los pies de Jesús y a bendecirlos, a abrazarlos y a ungirlos. Trae contigo todo tu agradecimiento por las veces que han salido en tu búsqueda hasta encontrarte, porque te han esperado en las encrucijadas de tus caminos, porque han marchado delante de ti cuando no sabías por dónde ibas, detrás de ti para defenderte del peligro, junto a ti cuando te creías solo...
- Da gracias al Padre por este caminante infatigable que nos ha regalado en su Hijo. Háblalo de tu deseo de recorrer sus mismos caminos y de no cansarte de estar, como él, lavando los pies de los que están más agotados.

5. El término **corazón** es una de esas palabras que hacen referencia a la totalidad de la persona, a su centro original e íntimo, allí donde se configuran sus comportamientos. Podemos conocer el **corazón** de alguien a través de dos de sus emociones básicas: la **compasión** y la **alegría**. En Mc 6,34 loemos: «*Al desembarcar, vio a mucha gente y sintió compasión de ellos, porque estaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarlos largamente*».

- Mézclate con aquella gente, siéntete envuelto en la mirada cargada de ternura y de acogida de Jesús. No te hace ningún reproche, no te señala nada negativo, no te exige que hagas esto o lo otro... Tan sólo te mira y te acepta tal como eres. Respira hondo y déjate invadir por la paz de esa acogida incondicional. Da después un paseo tratando de mirar a la gente como lo haría Jesús.

En Mt 11,25-27 loemos: «*En aquel momento, Jesús se llenó de alegría en el Espíritu Santo y dijo: 'Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a tos sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí,*

Padre, eso es lo que te ha parecido bien...»

□ Acércate a Jesús, que quiere comunicarte que la fuente de su alegría consiste para él en coincidir con el Padre en su preferencia por los pequeños. Pídelo que te dé parte con él en esa «afinidad» que es el secreto de su gozo y que puede serlo también del tuyo...

6. En el *Magnificat*, (Lc. 1, 46 - 56) después de sentirse mirada por Dios, también María contempla el mundo con los ojos de Dios y descubre, por debajo de las apariencias, cuál es el fondo de la realidad y el sentido de la historia humana. Y es su mirada contemplativa la que lo revela hacia dónde se inclinan el corazón y las preferencias de ese Dios que nunca es imparcial.

□ Acércate a María y pídelo que ella, que conoció mejor que nadie a Jesús, te contagie su manera de mirar y de proclamar:

«A los hambrientos los colma de bienes..., enaltece a los humildes...se acuerda de su misericordia

Compañeros en el camino
Dolores Aleixandre

12-Celebración de la reconciliación 1

1. AMBIENTACIÓN

Vamos a celebrar la Reconciliación. Nos encontramos a nuestro Padre que salo contento a recibir a sus hijos que vuelven arrepentidos. Os invito a que tomemos este momento con la seriedad y profundidad que se merece, y no dejemos pasar la oportunidad que se nos brinda de celebrar el encuentro gozoso con nuestro Padre.

2. CANTO: Perdón, Señor.

PERDÓN, SEÑOR, PERDÓN (Bis)

1. Misericordia, Señor, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa.

2. Lava del todo mi delito,
y limpia todo mi pecado.

3. SALUDO DEL CELEBRANTE

La gracia y la paz de Dios Padre
y de Jesucristo, el Señor,
que se entregó a sí mismo a la muerte,
por nuestros pecados,
para darnos la vida,
esté con nosotros.

4. ORACIÓN

Guarda, señor, en tu eterno amor
a los que has lavado en el agua del Bautismo,
para que, guiados por tu Palabra
y redimidos por tu pasión
gocemos de la felicidad completa en tu resurrección.

5. PALABRA DE DIOS: Efesios 4,23 -29. 31-32.

Son muchas las actitudes en nuestra vida que debemos cambiar. Revisemos nuestra vida a la luz de lo que la palabra nos va a decir a cada uno hoy.

“De este modo os renováis espiritualmente y os revestís del hombre nuevo creado a imagen de Dios, para llevar una vida verdaderamente recta y santa.

Por tanto, desterrad la mentira, que cada uno diga la verdad a su prójimo, ya que somos miembros los unos de los otros. Si os dejáis llevar de la ira, que no sea hasta el punto de pecar y que no sea hasta el punto de pecar y que vuestro enojo no dure más allá de la puesta de sol.

Y no deis al diablo oportunidad alguna. El ladrón, que no robe más, sino que procure trabajar honradamente, para poder ayudar al que está necesitado.

Que desaparezca de entre ustedes toda agresividad, rencor, ira, injurias y toda suerte de maldad”.

6. HOMILIA

7. PETICION DE PERDÓN COMÚN: Yo confieso.....

8. INTERCESIONES

Un solista puede realizar la primera parte y el resto va respondiendo “no nos dejes caer Señor”.

En la tentación de la autosuficiencia,
no nos dejes caer, Señor.

En la tentación de la vanagloria,
no nos dejes caer, Señor.
En la tentación de tener todo,
no nos dejes caer, Señor.
En la tentación de consumir todo lo que nos ofrecen,
no nos dejes caer, Señor.
En la tentación de creernos los únicos y mejores,
no nos dejes caer, Señor.
En la tentación de alimentarnos sólo de pan material,
no nos dejes caer, Señor.
En la tentación de confiar sólo en nosotros y no en ti,
no nos dejes caer, Señor.
En la tentación de vivir de puro capricho, llenos de caprichos,
no nos dejes caer, Señor.
En la tentación de saberlo todo frente a “esos pobres que no saben nada”,
no nos dejes caer, Señor.
En la tentación de creer que rezamos cuando sólo reflexionamos textos,
no nos dejes caer, Señor.

9. EXAMEN DE CONCIENCIA

- Revisate, ¿caes en alguna de las tentaciones que se enumeraban en la oración anterior?
- ¿Qué actitudes debes cambiar en tu vida...
 - * de crecimiento y maduración personal,
 - * de estudios,
 - * de familia,
 - * de relación con los amigos,
 - * de compromiso por los demás,
 - * de relación con Dios.

10. RECONCILIACIÓN Y ABSOLUCIÓN INDIVIDUAL

11. ACCIÓN DE GRACIAS PERSONAL

13-Celebración de la reconciliación 2

El hijo pródigo

(Se empiezan con las luces y el cirio encendido)

1. SALUDO

RITOS INICIALES

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Que Dios, nuestro Padre, que nos ama y sabe esperarnos con paciencia cuando nosotros nos alojamos de su lado, esté con todos ustedes.

2. MONICIÓN DE ENTRADA

Estamos aquí porque Dios nos quiere y nos llama a la conversión. Somos importantes para El, a pesar de nuestros pecados. Su amor, su ternura, su misericordia nos llaman.

Y ahora nosotros, estamos dispuestos a celebrar el amor inmenso de Dios y nuestra actitud de aceptarlo y de dar una respuesta de amor a Dios. Hemos estado fuera, lejos de Dios y ahora sentimos la necesidad de estar cerca de Él. Este deseo nos mueve a reconocer nuestras distancias entre nosotros y Dios, entre nosotros y los demás.

3. ORACIÓN

Dios todopoderoso, a pesar de que una y otra vez nos alojamos de lado para hacer lo que nos apetece, te pedimos que no dejes de esperarnos en todo momento. Por Jesucristo nuestro Señor.

PROCLAMACION DE LA PALABRA

4. EVANGELIO

Lectura del Evangelio según san Lucas 15, 11-24.

Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde. Y él los repartió la hacienda. Pocos días después, el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino.

(Se apaga el cirio y las luces de la Iglesia, dejando únicamente las necesarias)

Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que lo envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y lo diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros. Estando él todavía lejos, lo vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y lo besó efusivamente. El hijo lo dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus siervos: \square Traed aprisa el mejor vestido y vestido, ponedlo un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el cordero cebado matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado. Y comenzaron la fiesta.

5. HOMILÍA

(Dos trozos de plastilina para que hagan dos figuras)

Dice el Génesis que cuando Dios hizo al hombre lo creó a su imagen y semejanza. Pero no se quedó ahí, sino que tenía un proyecto de vida para él. Este proyecto era que viviésemos desde el amor a Dios y al prójimo.

Sin embargo, ¿cuál es nuestra historia de cada día? ¿Que nos ocurre? Que desgraciadamente preferimos hacer nuestro proyecto de vida, en vez del proyecto que Dios tiene sobre cada uno de nosotros. Es decir, preferimos buscar nuestros intereses, en vez de los de todos; nos dejamos llevar por nuestras comodidades; muchas veces quizá somos egoístas;... En definitiva, nos alojamos de su lado y deformamos la imagen que cada uno tenemos de Él en nosotros. Entonces nos ocurre como al hijo pródigo, que pensaba en lo bien que estaba en su casa.

Y, en el fondo, nosotros estamos aquí por el mismo motivo: porque no nos sentimos a gusto de cómo estamos; porque en el fondo de nosotros mismos nos damos cuenta que donde de verdad se vive la vida es desde Dios y porque queremos acercarnos una vez más a Él, porque queremos estar a su lado.

Y, por eso, vamos a celebrar hoy el sacramento de la reconciliación que no es otra cosa que un medio que Dios nos pone para volver a su lado y devolvernos la imagen que nosotros teníamos antes.

Para que lo entendamos mejor: imaginarnos que Dios y nosotros estamos unidos por una cuerda. Muchas veces preferimos estar lejos de Dios, y entonces cortamos la cuerda y lo alojamos. Por medio de este sacramento lo estamos pidiendo a Dios que haga un nudo para volver a estar unidos a Él.

Y ya para acabar, me gustaría que viésemos entre todos la actitud del Padre. Fíjense que el Hijo pródigo empieza a hacer todo un discurso para luego decírselo a su Padre. Pero cuando va, el Padre ni siquiera los pide disculpas o razones de por qué se fue. Simplemente lo abraza. Y cuando el Hijo empieza a decirlo lo que pensó, ni siquiera lo deja acabar todo lo que tenía preparado.

Pues así es Dios con nosotros. No lo importa lo que hayamos hecho. Lo único que lo importa es yo quiero volver a su encuentro. ¿Qué persona haría hoy esto? Y, sin embargo, Dios lo hace porque nos quiere.

Pues bien, desde toda esta idea que nos transmite la parábola del hijo pródigo vamos a continuar nuestra celebración.

6. EXAMEN DE CONCIENCIA

Y entrando en sí mismo, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí me muero de hambre!

Oh Dios nuestro y Dios de nuestros padres,
que nuestra oración llegue a Ti
Ya lo ves, Señor,
no somos ni audaces ni endurecidos
ni te decimos:
Somos inocentes, no tenemos pecados□,
sino que los confesamos:

□Hemos pecado□.
Somos de verdad culpables.
Hemos sido rebeldes a tu voluntad,
hemos cometido abusos de confianza,
hemos blasfemado,
hemos incitado al mal,
hemos condenado al inocente,
hemos sido orgullosos,
hemos actuado con violencia,
hemos afirmado cosas falsas
hemos engañado,
hemos despreciado cosas respetables,
hemos desobedecido,
hemos despreciado tus leyes,
hemos endurecido nuestro corazón,
hemos seguido malos caminos,
hemos rechazado a nuestro prójimo,
hemos dejado de amarte a ti y al prójimo.
Y tú, tan Justo en todo lo que nos sucede,
has seguido siempre actuando con amor y fidelidad para con nosotros;
pero nosotros te hemos desconocido y hemos pecado.

EL RITO DEL PERDÓN

7. PERDÓN

Me levantaré, iré a mi padre y lo diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra Ti Ya no merezco ser llamado hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros□

Peticiones de perdón por parte de los participantes.

- Porque muchas veces preferimos hacer lo que nos apetece en vez de lo que realmente tenemos que hacer. PERDÓN, SEÑOR.

- Muchas veces preferimos otras cosas antes que a Ti PERDÓN, SEÑOR.

- Porque muchas veces no nos esforzamos en ayudar a los que tenemos a nuestro lado. PERDÓN, SEÑOR.

- Porque somos egoístas y nos movemos por nuestros intereses. PERDÓN, SEÑOR.

9. TIEMPO DE CONFESIONES

□Y, levantándose, partió hacia su Padre□

Acabadas las confesiones se enciende el cirio, símbolo de la presencia de Dios entre nosotros y se encienden todas las luces de la Iglesia.

10. PADRE NUESTRO

□Lo vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y lo besó efusivamente: El hijo lo dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus siervos: Traed aprisa el mejor vestido y vestidlo, ponedlo un anillo en su mano y unas sandalias en los pies□

PADRE NUESTRO

11. ORACIÓN FINAL

Señor, tú que te alegras hoy porque hemos vuelto a tu lado, ayúdanos con tu gracia para que nunca más nos alojemos de tu lado y vivamos siempre amándote a ti y a nuestro prójimo. Por Jesucristo nuestro Señor.

14-Celebración de la reconciliación 3

La pecadora perdonada

1. SALUDO DE ENTRADA

Estamos aquí para celebrar el amor que Dios nos tiene y nuestra actitud de aceptarlo y de dar respuesta a su amor. Podemos estar seguros de que Dios nos perdona siempre. Por eso, en medio de esta convivencia queremos revisar nuestra vida y convertir nuestro corazón de piedra en un corazón de carne.

Venimos porque estamos arrepentidos de nuestras faltas y porque dentro de nosotros sentimos la necesidad de reconciliarnos con Dios. Gracias, Señor porque sabemos que nos amas y es posible volver de nuevo junto a ti.

2. SALUDO DEL SACERDOTE

Estamos aquí porque Dios nos quiere, y nos llama a la conversión. Somos importantes para Él, a pesar de nuestros pecados. Él nos ha traído aquí; su amor, su ternura, su misericordia nos llaman.

3. ORACIÓN

Señor, Dios nuestro que siempre estás dispuesto a perdonarnos y que, a pesar de los pecados que podamos tener nos sigues amando y nunca te apartas de nosotros, concédenos hoy el perdón de forma que podamos estar tan cerca de ti como tú lo estás de nosotros. Por Jesucristo Nuestro Señor.

PROCLAMACION DE LA PALABRA

4. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 7, 36-50

Un fariseo lo rogó que comiera con él; y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume, y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas lo mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume. Al verlo el fariseo que lo había invitado, se decía para sí: "Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora". Jesús lo respondió: "Simón, tengo algo que decirte". El dijo: "Di, maestro". "Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarlo, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos lo amará más?". Respondió Simón: "Supongo que aquel a quien perdonó más".

El lo dijo: "Haz juzgado bien", y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: "¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se lo perdona, poco amor muestra. Y lo dijo a ella: "Tus pecados quedan perdonados". Los comensales empezaron a decirse para sí: "¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?". Pero él dijo a la mujer: "Tu fe te ha salvado. Vete en paz".

5. HOMILIA

Antes y después de la homilía se los pone la canción de María Magdalena (Jesucristo

Superstar) para que la mediten.

EL RITO DEL PERDÓN

6. PERDÓN

- Por las veces que no he hablado con Dios por pereza. **Perdón, Señor.**
- Por las veces que me he enfadado por cosas poco importantes. **Perdón, Señor.**
- Por las veces que he hecho algo que no agradaba a mis padres. **Perdón, Señor.**
- Por las veces que he dicho mentiras para sacar provecho para mí. **Perdón, Señor.**

7. GESTO

Se los reparte la siguiente hoja. La leen todos en alto y finalmente se hace con ella una pelota y se tira al centro como señal de que rechazamos eso. Luego vienen las confesiones.

No quiero vivir...

- despreocupado de mis obligaciones, de mis estudios aunque sepa que me los tengo que tomar en serio.
- dejándome llevar por la pereza, lo más cómodo.
- tomando la sexualidad sólo como un placer fácil, en mi cuerpo o en mis pensamientos.
- dando de lado a mis padres, sin preocuparme por comprenderlos e incluso por ayudarlos en algunos momentos.
- como una persona agresiva, dejándome llevar por el mal genio, el orgullo, el odio.
- negando el perdón a las personas que me rodean por muy mal que se hayan portado conmigo.
- haciendo sufrir a los que tengo a mí lado con el fin de vivir mi vida más a tope.
- utilizando a los amigos y las personas que tengo a mi lado.
- hablando continuamente mal de los otros, criticándolos a sus espaldas.
- juzgando a los demás con dureza siendo intransigente con todo el que se cruza conmigo sea quien sea.
- siendo centro de discordia y de división entre las personas con las que me encuentro.
- pesando sólo en mí, en lo que me gusta, aunque para ello tenga que dejar de respetar tanto a los demás como a sus cosas.
- una vida egoísta en donde todo lo quiero para mí, pero no quiero compartir nada.
- como un esclavo, dejándome manipular por los demás, dejando de ser yo mismo, aunque para eso tenga que hacer cosas que creo que no están bien.
- alojado de Dios, descontento con mi vida, descontento conmigo mismo, y sintiéndome indiferente ante la mirada de Dios.
- alojado de la celebración de mi fe, sin celebrar la eucaristía que es el lugar donde Jesús se hace presente de una forma especial.
- sin contar con Dios a la hora de vivir mi vida, sin pensar en lo que espera de mí
- centrado en mí mismo, en mi mundo, sin pensar en los demás.
- teniendo un trato áspero y poco delicado con las personas que me rodean o con que convivo cada día.
- indiferente a tu perdón, a tu amor, a tu misericordia y a tu deseo de vernos siempre a tu lado.
- indiferente a las necesidades tanto de las personas cercanas que me rodean,

como de esas otras necesitadas de alimentos, medicinas y un trato más humano.

- desde el disfrute de lo diario, gastando más y más con tal de satisfacer todos los gustos que tengo.

8. CONFESIONES

9. PADRE NUESTRO

Ahora nos sentimos hijos reconciliados y perdonados, por eso, uniendo nuestras manos lo decimos a Dios:

Padre Nuestro...

CONCLUSIÓN

10. ACCIÓN DE GRACIAS

Gracias, Jesús, porque nunca te cansas de nosotros. Siempre nos amas, incluso cuando pecamos. Gracias por el perdón que acabas de darnos. Ayúdanos a ser siempre buenos amigos tuyos y a seguir el camino que tú nos propones. Queremos esforzarnos para amar al Padre del cielo y a los hermanos como los amas tú.

11. ORACIÓN FINAL

Nos hemos acercado a ti, Señor y nos has recibido con los brazos abiertos. Has cambiado nuestros corazones de piedra por corazones de carne. Sabemos cuánto nos quieres incluso cuando no hacemos las cosas bien.

Estamos seguros de que has perdonado todos nuestros pecados, que nos has limpiado con tu gracia y que nos animas a ser cada día más testigos de ti en el mundo.

Señor, tú confías en nosotros. Ayúdanos a no defraudarte y crecer día a día por tu camino. Por Jesucristo Nuestro Señor.